

Unidad 4

- El funcionalismo estructural y la alternativa de la teoría del conflicto

“Un sistema social –reducido a los términos más simples- consiste, pues, en una pluralidad de actores individuales que interactúan entre sí en una situación que tiene, al menos, un aspecto físico o de medio ambiente, actores motivados por una tendencia a ‘obtener un óptimo de gratificación’ y cuyas relaciones con sus situaciones –incluyendo a los demás actores- están mediadas y definidas por un sistema de símbolos culturalmente estructurados y compartidos.”

(Talcott Parsons, 1951)

EL FUNCIONALISMO ESTRUCTURAL Y LA ALTERNATIVA DE LA TEORÍA DEL CONFLICTO

CONSENSO Y CONFLICTO

FUNCIONALISMO ESTRUCTURAL

- Raíces históricas
- La teoría funcional de la estratificación y sus críticos
- Prerrequisitos funcionales de la sociedad
- El funcionalismo estructural de Talcott Parsons
- El funcionalismo estructural de Robert Merton
- Principales críticas

LA ALTERNATIVA DE LA TEORIA DEL CONFLICTO

- La obra de Ralf Dahrendorf
- Principales críticas
- Esfuerzos para reconciliar el funcionalismo estructural y la teoría del conflicto
- Hacia una teoría del conflicto más marxista

La primera parte de este capítulo se centra en el funcionalismo estructural que se erigió durante muchos años como la teoría sociológica dominante. Sin embargo, en el curso de las dos últimas décadas, el funcionalismo estructural ha perdido importancia y, al menos en ciertos sentidos, ha retrocedido en el marco de la historia (reciente) de la teoría sociológica. Así, Colomy (1990a) describe ahora el funcionalismo estructural como una «tradicón teórica». Su importancia en la actualidad reside en el papel que ha desempeñado en la historia de la teoría sociológica y en su contribución a la formación de «uno de los desarrollos contemporáneos más significativos de la sociología»: el neofuncionalismo (Colomy, 1990b: xlvii). Analizaremos el neofuncionalismo en la tercera parte de este libro, donde estudiaremos los desarrollos sintéticos más recientes de la teoría sociológica.

Puede sostenerse un argumento similar al respecto de la teoría del conflicto, que analizaremos en la segunda parte de este capítulo. Estudiaremos en esta segunda parte la teoría tradicional del conflicto, mientras en la Tercera Parte del libro nos ocuparemos de algunos de los trabajos más novedosos e integradores dentro de la teoría del conflicto.

Este capítulo comienza con un análisis de las raíces históricas y de algunos de los principios básicos del funcionalismo estructural. Luego pasaremos a estudiar las tres teorías principales del funcionalismo estructural clásico: la teoría funcional de la estratificación, los prerrequisitos funcionales de la sociedad y, la más importante, la teoría estructural-funcional de Talcott Parsons. Después analizaremos los esfuerzos que hizo Robert Merton para superar algunos de los problemas del funcionalismo estructural clásico y desarrollar una perspectiva teórica más satisfactoria. Finalmente nos centraremos en las críticas más notables al funcionalismo estructural, críticas que contribuyeron a la pérdida de su posición dominante en la teoría sociológica.

En la segunda parte del capítulo nos centraremos en la teoría del conflicto, especialmente en la obra de Ralf Dahrendorf como alternativa al funcionalismo estructural. También nos acercaremos a las principales críticas que se han hecho a la teoría del conflicto, de entre las que destaca por su importancia la que sostiene que no es fiel a sus raíces marxistas.

CONSENSO Y CONFLICTO

Antes de analizar en detalle el funcionalismo estructural y la teoría del conflicto, es preciso, de acuerdo con Thomas Bernard (1983), situar estas teorías en el contexto general del debate entre las teorías del consenso (entre ellas el funcionalismo estructural) y las teorías del conflicto (una de las cuales es la teoría sociológica del conflicto que analizaremos en este capítulo). Las *teorías del consenso* consideran que las normas y los valores comunes son fundamentales para la sociedad, presuponen que el orden social se basa en un acuerdo tácito y que el cambio social se produce de una manera lenta y ordenada. A diferencia de ellas, las *teorías del conflicto* subrayan el dominio de unos grupos sociales sobre

otros, presuponen que el orden social se basa en la manipulación y el control de los grupos dominantes y que el cambio social se produce rápida y desordenadamente a medida que los grupos subordinados vencen a los grupos dominantes.

Aunque estos criterios definen en términos generales las diferencias esenciales entre las teorías sociológicas del funcionalismo estructural y la teoría del conflicto, para Bernard la distancia entre ellas es aún mayor, lo que «ha provocado un debate recurrente que ha adoptado una variedad de formas diferentes en el transcurso de la historia del pensamiento occidental» (1983: 6). Bernard se remonta a los antiguos griegos y a las diferencias entre Platón (pensador del consenso) y Aristóteles (pensador del conflicto) y encuentra en ellos los orígenes del debate. Sigue su pista a lo largo de la historia de la filosofía, en el pensamiento de San Agustín y Santo Tomás de Aquino, de Maquiavelo y Hobbes, y de Locke y Rousseau (los autores mencionados en primer lugar son los representantes del conflicto). Más tarde se incorporarían a este debate ya en el terreno de la sociología Marx y Comte, Simmel y Durkheim, y Dahrendorf y Parsons (de nuevo, los autores mencionados en primer lugar defienden la perspectiva del conflicto). Ya hemos analizado brevemente en su contexto histórico las ideas de los dos primeros pares de sociólogos. En este capítulo estudiaremos la teoría del conflicto de Dahrendorf y la del consenso de Parsons, entre otras.

Bernard distingue entre cuatro tipos de teorías del consenso y del conflicto, pero en este capítulo sólo nos ocuparemos de dos de ellas, la del *consenso sociológico* (Parsons, Merton) y la del *conflicto sociológico* (Dahrendorf). El tercer tipo, la *teoría del conflicto radical*, la hemos estudiado brevemente en el capítulo dedicado a Marx, y la analizaremos con mayor detalle en el capítulo que trata de las teorías neomarxistas. El otro tipo de teoría que distingue Bernard, la *teoría conservadora del consenso*, no lo examinaremos porque «los sociólogos modernos apenas la defienden» (1983: 201).

Aunque subrayamos las diferencias que existen entre el funcionalismo estructural y la teoría del conflicto, no debemos olvidar que también hay semejanzas importantes entre ellas. De hecho, Bernard afirma que «las zonas en las que coinciden son más extensas que aquéllas en las que disienten» (1983: 214). Por ejemplo, ambas son macroteorías que se ocupan principalmente de las grandes estructuras e instituciones sociales. De acuerdo con George Ritzer (1980), ambas teorías se sitúan dentro del mismo paradigma sociológico (el de los «hechos sociales») (véase el Apéndice).

Antes de pasar al análisis específico del funcionalismo estructural, es preciso reflexionar sobre la distinción entre conflicto y consenso desde el ventajoso punto de vista de la década de los años noventa. Primero, se ha tendido a simplificar en demasía las realidades del funcionalismo estructural y la teoría del conflicto, así como las distinciones entre estas teorías. Muchos teóricos del conflicto han sentido inquietud por la cuestión del orden y por lo que mantiene unida a la

sociedad, y con frecuencia, los funcionalistas estructurales se han preocupado por la tensión, el cambio y las fuerzas que conducen a la desintegración de la sociedad. Segundo, la distinción entre consenso y conflicto fue muy útil durante los años sesenta, época en la que se desarrollaron grandes esfuerzos por distinguir con precisión entre estas teorías y defender una u otra. Tercero, dado el movimiento general hacia la integración y la síntesis en el ámbito de la teoría sociológica, así como los relevantes trabajos neofuncionalistas y de la teoría del conflicto que actualmente se orientan en esa misma dirección, la distinción entre consenso y conflicto es menos precisa hoy día que en el pasado.

FUNCIONALISMO ESTRUCTURAL

Robert Nisbet señaló que el funcionalismo estructural ha sido «sin lugar a dudas, el cuerpo de teoría más relevante de las ciencias sociales del presente siglo» (citado en Turner y Maryanski, 1979: xi). Kingsley Davis (1959) adoptó el punto de vista de que el funcionalismo estructural se había convertido virtualmente en un sinónimo de la sociología. Alvin Gouldner (1970) adoptó implícitamente una perspectiva similar cuando atacó la sociología occidental a través de su análisis crítico de las teorías funcionalistas-estructurales de Talcott Parsons.

A pesar de la indiscutible hegemonía que ostentó durante las dos décadas posteriores a la Segunda Guerra Mundial, el funcionalismo estructural ha perdido importancia como teoría sociológica. Incluso Wilbert Moore, quien estuvo estrechamente relacionado con esta teoría, señaló que se había «convertido en un estorbo para la sociología teórica contemporánea» (1978: 321). Y dos observadores declararon: «Por tanto, tenemos la sensación de que el funcionalismo "ha muerto", y de que todos los esfuerzos que utilizan el funcionalismo como explicación teórica deben abandonarse en favor de perspectivas teóricas más prometedoras» (Turner y Maryanski, 1979: 141)¹. Nicholas Demerath y Richard Peterson (1967) defendieron un punto de vista más positivo y señalaron que el funcionalismo estructural no había sido una moda pasajera. Admitieron, no obstante, que, del mismo modo que el funcionalismo se derivó del antiguo organicismo (véase el siguiente apartado), probablemente se desarrollaría hasta convertirse en otra teoría sociológica. El surgimiento del neofuncionalismo (véase el Capítulo 12) parece que apoya más la postura de Demerath y Peterson que la perspectiva más negativa de Turner y Maryanski.

En el funcionalismo estructural, no es necesario usar los términos estructural y *funcional* conjuntamente, aunque típicamente aparecen juntos. Podemos estudiar las estructuras de la sociedad sin atender a las funciones que realizan (o las consecuencias que tienen) para otras estructuras. Asimismo, podemos examinar las funciones de varios procesos sociales que pueden no adoptar una

¹ A pesar de esta declaración, Jonathan Turner y Alexandra Maryanski (1979) señalan que el funcionalismo puede seguir siendo útil como método.

forma estructural. Con todo, la preocupación por ambos elementos caracteriza al funcionalismo estructural.

Mark Abrahamson (1978) señaló que el funcionalismo estructural no es monolítico. Identificó tres tipos de funcionalismo estructural. El primero es el *funcionalismo individualista*, que se ocupa de las necesidades de los actores y de las diversas estructuras (por ejemplo, las instituciones sociales, los valores culturales) que emergen como respuestas funcionales a estas necesidades. El antropólogo Bronislaw Malinowski fue el principal exponente de esta perspectiva. El segundo es el *funcionalismo interpersonal*, cuyo principal representante fue otro antropólogo, A. B. Radcliffe-Brown. Este tipo se ocupa de las relaciones sociales, particularmente de los mecanismos utilizados para ajustar las tensiones que se producen en estas relaciones. Y el tercero, el *funcionalismo societal*, constituye el enfoque que predomina entre los sociólogos funcionalistas estructurales (Sztompka, 1974), que estudiaremos en este capítulo. La preocupación fundamental del funcionalismo societal son las grandes estructuras e instituciones sociales de la sociedad, sus interrelaciones y su influencia constrictora sobre los actores.

Raíces históricas

Las influencias más poderosas sobre el funcionalismo estructural contemporáneo las ejercieron tres sociólogos clásicos: Auguste Comte, Herbert Spencer y Emile Durkheim (Turner y Maryanski, 1979).

Comte tenía una concepción normativa de la «buena» sociedad, que le llevó a interesarse por todos los fenómenos sociales que contribuían a la constitución de esa sociedad. También tenía una concepción del equilibrio de la sociedad. Sin embargo, su teoría del *organicismo* -la tendencia a identificar analogías entre las sociedades y los organismos biológicos- fue su concepto más influyente. Consideraba los sistemas sociales como sistemas orgánicos que funcionaban de un modo muy similar a los organismos biológicos. Así, mientras el objeto de estudio de la biología era el estudio del organismo individual, el de la sociología era el estudio del organismo social. Entre las analogías específicas que Comte identificó entre los organismos social y biológico figuran la de las células en un contexto biológico y las familias en el mundo social, la de los tejidos y las clases y castas sociales, y la de los órganos del cuerpo humano y las ciudades y comunidades del mundo social.

El sociólogo inglés Herbert Spencer también comulgó con el organicismo, pero en su sociología coexistía difícilmente con una filosofía utilitarista. Así, aunque su organicismo le condujo a estudiar el todo social y las contribuciones de las partes al todo, su utilitarismo le llevó a analizar los actores que persiguen su interés. A pesar de la dificultad intelectual que planteaba su perspectiva, el organicismo de Spencer influyó en el desarrollo del funcionalismo estructural.

Spencer identificó varias semejanzas entre el organismo social y el individual. Primera, ambos organismos crecían y se desarrollaban, mientras la materia inorgánica no lo hacía. Segunda, en ambos, un aumento de tamaño solía conducir a un aumento de complejidad y diferenciación. Tercera, en los dos tipos de organismos la diferenciación progresiva de las estructuras solía ir acompañada de una diferenciación progresiva de sus funciones. Cuarta, las partes de ambos organismos eran mutuamente interdependientes. Así, un cambio en una de ellas solía producir cambios en otras partes. Finalmente, cada una de las partes de ambas entidades, social e individual, podían ser consideradas como organismos en sí mismas.

Spencer desarrolló otras ideas que influyeron en el desarrollo del funcionalismo estructural. Su preocupación por las «necesidades» del organismo social la compartieron los funcionalistas estructurales posteriores, quienes, entre otras cosas, la tradujeron a la idea de que las sociedades «necesitaban» varios elementos para sobrevivir. Spencer también desarrolló una ley de la evolución social que influyó en el desarrollo de teorías estructural-funcionales de la evolución tales como las de Durkheim y Parsons. Quizás lo más importante de Spencer fue su empleo de los términos *estructura* y función, así como la distinción que hizo entre ellos. Solía hablar de las funciones que cumplían varias estructuras para la sociedad en su conjunto.

Aunque tanto Comte como Spencer son importantes por sí mismos, su Poderosa influencia sobre el funcionalismo estructural se debe a su influencia en el pensamiento de Durkheim. En términos generales, el interés de Durkheim por los hechos sociales reflejaba una preocupación por las partes del organismo social y sus interrelaciones y por la influencia de aquéllas sobre la sociedad como un todo. En términos de funcionalismo estructural, Durkheim desarrolló multitud de ideas sobre las estructuras, las funciones y su relación con las necesidades de la sociedad. Quizás de mayor importancia fuera su separación de los conceptos de causa social y función social. El estudio de las causas sociales se ocupa de por qué una estructura dada existe y adopta una forma determinada. En cambio, el estudio de las funciones sociales se ocupa de las necesidades del sistema en su conjunto que son satisfechas por una determinada estructura. El acento de Durkheim sobre la moralidad y los factores culturales (por ejemplo, en sus ideas sobre la conciencia colectiva y las representaciones colectivas) influyó profundamente en Parsons, quien llegó a adoptar, como veremos más adelante, una postura similar. Finalmente, el acento de Durkheim sobre las tensiones en la sociedad moderna, especialmente la anomía, y la cuestión de cómo se contrarrestaban, influyó poderosamente en el funcionalismo estructural, especialmente en la obra de Robert Merton (véase más abajo)².

² Además de las figuras analizadas arriba, Weber también influyó en Parsons (y otros funcionalistas estructurales), aunque influyó más en su teoría de la acción que en su funcionalismo estructural.

El funcionalismo estructural moderno opera sobre la base de varios supuestos derivados de las ideas de estos tres sociólogos clásicos. Los funcionalistas estructurales, sobre todo los funcionalistas sociales, suelen adoptar un enfoque macroscópico para el estudio de los fenómenos sociales. Estudian el sistema social como un todo, así como la influencia de las diversas partes (en especial las estructuras y las instituciones sociales) sobre él.

Tienden a considerar que los componentes del sistema contribuyen positivamente a su funcionamiento (Abrahamson, 1978)³. Además, el funcionalismo estructural se ocupa de la relación de unas partes del sistema con otras (Davis, 1959). Considera que las partes del sistema, como el sistema en su conjunto, existen en un estado de equilibrio, de modo que los cambios que experimenta una parte producen cambios en otras partes. Los cambios en las partes pueden contrarrestarse de manera que no se produzca cambio alguno en el sistema en su conjunto; si no ocurre esto, probablemente el conjunto del sistema experimenta un cambio. Así, aunque el funcionalismo estructural adopta una perspectiva del equilibrio, no necesariamente ha de ser una perspectiva estática. En este equilibrio del sistema social los cambios se producen de una manera ordenada y no revolucionaria.

Pasemos a analizar ahora algunos ejemplos concretos de funcionalismo estructural.

La teoría funcional de la estratificación y sus críticos

La teoría funcional de la estratificación que desarrollaron Kingsley Davis y Wilbert Moore (1945) es, quizás, el trabajo más conocido de teoría estructural-funcional. Davis y Moore especificaron con claridad que consideraban la estratificación social como algo universal y necesario. Afirmaban que ninguna sociedad podía existir sin estratificación, o sin clases. La estratificación era, desde su punto de vista, una necesidad funcional. Toda sociedad requería un sistema de estratificación⁴. En su opinión, el sistema de estratificación era una estructura, es decir, la estratificación no hacía referencia a los individuos dentro del sistema de estratificación, sino aun sistema de posiciones. Se centraron en el modo en que ciertas posiciones les conferían diferentes grados de prestigio y no en el modo en que los individuos llegaban a ocupar esas posiciones.

³ Como veremos más adelante, algunos funcionalistas estructurales (especialmente Merton) estudiaron las tensiones y los efectos negativos (disfunciones).

⁴ Este es un ejemplo de un argumento teleológico. Tendremos ocasión de analizar esta cuestión más adelante en este capítulo, pero por ahora puede definirse un argumento teleológico como aquel que considera el mundo social con propósitos o metas que provocan la existencia de estructuras o eventos necesarios. En este caso, la sociedad «necesita» la estratificación de manera que provoque la existencia de tal sistema.

Así, la cuestión funcional de mayor importancia es el modo en que una sociedad motiva y sitúa a las personas en una posición «apropiada» en el sistema de estratificación. Esta cuestión se reduce a dos problemas. Primero, ¿cómo suscita una sociedad en los individuos «apropiados» el deseo de ocupar ciertas posiciones? Segundo, una vez que las personas ocupan su posición adecuada, ¿cómo suscita en ellas la sociedad el deseo de cumplir los requisitos de esas posiciones?

El problema del lugar social adecuado en la sociedad surge de tres razones básicas. Primera, la ocupación de ciertas posiciones es más agradable que otras. Segunda, ciertas posiciones son más importantes para la supervivencia de la sociedad que otras. Y tercera, las posiciones sociales requieren diferentes capacidades y aptitudes.

Aunque estas cuestiones afectan a todas las posiciones sociales, Davis y Moore se centraron en las posiciones funcionalmente más importantes de la sociedad. Estas posiciones, que se sitúan en la parte superior del sistema de estratificación son, presumiblemente, las *menos* agradables, pero las *más* importantes para la supervivencia de la sociedad, y requieren la capacidad y la aptitud más competente. Además, la sociedad debe responder con recompensas satisfactorias a estas posiciones para que haya suficientes personas que quieran ocuparlas y para que los individuos que lleguen a ocuparlas cumplan con diligencia sus deberes.

Davis y Moore no creían que la sociedad desarrollara conscientemente un sistema de estratificación con el fin de garantizar la ocupación y el cumplimiento adecuado de las posiciones más altas. Por el contrario, especificaron que la estratificación era un «mecanismo inconscientemente desarrollado» que, sin embargo, toda sociedad desarrolla o *debe* desarrollar con el fin de sobrevivir.

Desde el punto de vista de Davis y Moore, para garantizar que las personas ocupen las posiciones más altas, la sociedad debe dar a los individuos que las ocupan diversos tipos de recompensas, entre ellas, mucho prestigio, un salario alto y suficiente ocio. Por ejemplo, para garantizar que haya una cantidad satisfactoria de médicos en nuestra sociedad, es preciso ofrecerles aquéllas y otras recompensas. Davis y Moore pensaban que no podemos esperar que las personas se embarquen en el «largo» y «caro» proceso de la carrera de medicina si no les ofrecemos suficientes recompensas. Lo que se sobreentiende en esta idea es que las personas que están en las posiciones altas deben recibir las recompensas que merecen. En el caso de que esas posiciones no se ocupen, la sociedad corre el peligro de la desintegración.

La teoría estructural-funcional de la estratificación ha recibido multitud de críticas desde su publicación en 1945 (véase Tumin, 1953, para la primera crítica relevante; Huaco, 1966, para un resumen satisfactorio de las principales críticas hasta ese año).

La crítica fundamental es que la teoría funcional de la estratificación perpetúa la posición privilegiada de las personas que tienen poder, prestigio y dinero. Y la perpetúa aduciendo que estas personas merecen sus recompensas; de hecho necesitan que se les ofrezca esas recompensas para el bien de la sociedad.

La teoría funcional ha sido también criticada por suponer que por el simple hecho de que la estructura social estratificada haya existido en el pasado, debe continuar existiendo en el futuro. Cabe dentro de lo posible que las sociedades futuras se organicen de otras maneras diferentes sin recurrir a la estratificación.

Además, se ha señalado que la idea de que las posiciones funcionales varían de acuerdo con su importancia para la sociedad es difícil de sostener. ¿Acaso los basureros son menos importantes para la supervivencia de la sociedad que los ejecutivos publicitarios? A pesar de recibir un salario menor y tener menor prestigio, los basureros son, en realidad, más importantes para la supervivencia de la sociedad. Incluso en los casos en los que puede afirmarse que una posición cumple una función más importante para la sociedad, las recompensas mayores no se corresponden con la importancia. Probablemente las enfermeras son más importantes para la sociedad que los actores de cine, pero las enfermeras tienen menos poder, prestigio, y dinero que los actores.

¿Hay en verdad escasez de personas capaces de ocupar y desempeñar las posiciones más altas? De hecho, muchas personas no pueden obtener la formación que se necesita para alcanzar posiciones prestigiosas, incluso aunque tengan aptitud. En la profesión médica, por ejemplo, existe un esfuerzo persistente por limitar la cantidad de médicos. Por lo general, muchas personas capaces no tienen la oportunidad de demostrar que pueden desempeñar posiciones altas ni siquiera cuando existe una clara necesidad de que lo hagan. El hecho es que aquellos que ocupan esas posiciones altas están interesados en mantener su número bajo y su poder e ingresos altos.

Finalmente, puede argüirse que no tenemos la obligación de ofrecer a las personas poder, prestigio e ingresos para que sientan el deseo de ocupar posiciones altas. Las personas pueden sentirse igualmente motivadas por la satisfacción de hacer bien su trabajo o por la oportunidad de servir a los demás.

Prerrequisitos funcionales de la sociedad

Una de las principales preocupaciones de los funcionalistas estructurales es el análisis de lo que requiere un sistema social -las estructuras y, particularmente, las funciones- para sobrevivir. Analizaremos el ejemplo más ilustrativo de este análisis, el de D. F. Aberle y sus colegas (1950/1967). Más tarde examinaremos el esfuerzo más general que desarrolló Parsons para definir los cuatro prerrequisitos funcionales de todo sistema de acción: adaptación, consecución de metas, integración y mantenimiento de patrones.

Aberle y sus colegas analizan las condiciones básicas cuyo incumplimiento causaría la desintegración de la sociedad. El primer factor hace referencia a las características demográficas de la sociedad. La extinción o la dispersión de sus miembros amenazaría obviamente la existencia de la sociedad. Esto ocurre cuando la sociedad experimenta una pérdida tal de población que hace que sus diversas estructuras sean inoperantes. Segundo, una población apática sería una amenaza para la sociedad. Si bien se trata de una cuestión de grado ya que siempre hay segmentos de población que manifiestan cierto retraimiento- la apatía llevada al extremo puede hacer que los diversos componentes de la sociedad cesen de ser operativos y que la sociedad se encamine hacia la desintegración. Tercera, una guerra de «todos contra todos» amenaza la existencia de la sociedad. Un grado alto de conflicto interno dentro de la sociedad requiere la intervención de los diversos agentes de control social que podrían recurrir a la fuerza para controlar el conflicto. Los funcionalistas estructurales creen que una sociedad no puede funcionar durante mucho tiempo sobre la base de la fuerza. Como Aberle y sus colegas señalaron: «Una sociedad basada únicamente en la fuerza constituye una contradicción en sí misma» (1950/1967: 322). Para los funcionalistas estructurales la sociedad se mantiene unida debido al consenso de sus miembros; desde su punto de vista, una sociedad que se mantiene unida por medio de la fuerza no merece esa denominación. Finalmente, una sociedad puede desintegrarse debido a su absorción por otra sociedad mediante la anexión, la conquista, etc.

La otra cara de la moneda de este análisis de los prerrequisitos funcionales incluye las características que debe tener una sociedad para sobrevivir. Por un lado, una sociedad debe disponer de un método adecuado para relacionarse con su entorno. De los dos aspectos diferentes de la cuestión del entorno, el primero es la ecología. Una sociedad debe ser capaz de extraer del entorno lo que necesita para sobrevivir (alimentos, energía, materias primas, etc.) sin destruir los recursos naturales. Somos dolorosamente conscientes de este problema en una época de polución ambiental, escasez energética y hambre en muchas zonas del mundo. El segundo aspecto del entorno son los sistemas sociales diferentes con los que trata una sociedad. Esto incluye, entre otras cosas, el comercio, los intercambios culturales, una comunicación conveniente, y la defensa militar apropiada en el caso de que se produzcan hostilidades intersociales.

La sociedad requiere también un método que regule la relación entre los sexos. Las relaciones heterosexuales deben establecerse de manera que las mujeres y los hombres tengan oportunidades adecuadas para interactuar. Además, ambos sexos deben sentirse motivados para el mantenimiento de una determinada tasa de reproducción que contribuya a la supervivencia de la sociedad. Por término medio, una pareja debe tener algo más de dos hijos. Y por último, la sociedad requiere una cantidad satisfactoria de miembros con una variedad suficiente de intereses y aptitudes que la permita funcionar correctamente.

La sociedad también debe disponer de una diferenciación adecuada de roles, así como de un mecanismo apropiado para asignar personas a esos roles. En toda sociedad existen actividades que requieren ser realizadas y la sociedad debe construir ciertos roles que permitan realizar esas actividades. La forma más importante que adopta la diferenciación de roles es la estratificación social. Como ya hemos visto, uno de los principios básicos del funcionalismo estructural es que las sociedades requieren esa estratificación para sobrevivir. La estratificación cumple varias funciones, entre ellas asegurar la buena disposición de las personas a asumir las responsabilidades que entrañan las posiciones altas, asegurar la estabilidad del sistema social, etc.

Otro requisito funcional de todo sistema social es la existencia de un sistema de comunicación adecuado. Sus elementos incluyen el lenguaje y las vías de comunicación. Es obvio que una sociedad no existiría si las personas no pudieran interactuar y comunicarse. Sin embargo, cuando los funcionalistas estructurales estudian el sistema de comunicación de una sociedad, también incluyen el interés por los sistemas simbólicos compartidos que las personas aprenden durante el proceso de la socialización y que hacen posible la comunicación. Los sistemas simbólicos compartidos hacen posible la existencia de un sistema de valores culturales. Desde el punto de vista estructural-funcional el sistema cultural es de crucial importancia para el mantenimiento de la cohesión social. Los valores comunes constituyen un baluarte frente a la posibilidad de un conflicto continuo en el seno de la sociedad.

Además del requisito de un sistema cultural compartido, los funcionalistas estructurales hablan también de la necesidad de un sistema de valores comunes en el nivel individual. Las personas deben compartir una visión del mundo similar. Esto les permite predecir, con un alto grado de precisión, lo que piensan y hacen los demás. Estas orientaciones cognitivas mutuas cumplen varias funciones. Y tal vez la más importante de ellas es que confieren estabilidad, significado y posibilidad de predicción a las situaciones sociales. En suma, una sociedad estable, de importancia crucial para los funcionalistas estructurales, es posible por el hecho de que los actores operan con orientaciones comunes. Estas orientaciones comunes también permiten a las personas explicar de modo similar las cosas que no pueden controlar o predecir; las capacitan para mantener su implicación y su compromiso con las situaciones sociales.

Los funcionalistas estructurales también señalan que la sociedad necesita tener un conjunto compartido y articulado de metas. Si las personas persiguieran muchas metas diferentes e inconexas, el caos haría imposible la existencia de la sociedad. Metas comunes como la felicidad conyugal, el éxito de los hijos y la competencia profesional confieren un alto grado de cohesión a la sociedad.

TALCOTT PARSONS: Reseña biográfica



Talcott Parsons nació en Colorado Springs, Colorado, en 1902. Procedía de una familia religiosa e intelectual; su padre fue ministro eclesiástico, profesor y, posteriormente, presidente de una pequeña universidad. Parsons se licenció en Amherst College en 1924 y realizó sus cursos de doctorado en la London School of Economics. Al año siguiente se trasladó a Heidelberg, Alemania. Max Weber pasó una buena parte de su carrera académica en Heidelberg, y si bien hacía cinco años que había muerto cuando llegó Parsons, aún podía sentirse su influencia: su viuda continuaba convocando reuniones en su casa, a las que asistía Parsons. La obra de Weber influyó enormemente en Parsons, quien escribió en Heidelberg su tesis doctoral, dedicada, en parte, a analizar las ideas de Weber.

Parsons se convirtió en tutor de Harvard en 1927 y aunque cambió varias veces de departamento, permaneció allí hasta que le sobrevino la muerte en 1979. No progresó en su carrera rápidamente ya que no logró el estatuto de profesor permanente hasta 1939. Dos años antes de esta fecha había publicado *The Structure of Social Action* [La estructura de la acción social], libro que no sólo daba a conocer los teóricos de la sociología más relevantes como Weber a un sinnúmero de sociólogos, sino también sentaba las bases para el desarrollo de su propia teoría.

Tras la publicación de esta obra, el progreso académico de Parsons se aceleró. Le nombraron director del Departamento de Sociología de Harvard en 1944 y dos años más tarde formó y dirigió el nuevo Departamento de Relaciones Sociales, que englobaba no sólo a sociólogos sino también a una variedad de otros científicos sociales. En 1949, le eligieron presidente de la American Sociological Association. Durante los años cincuenta y principios de los sesenta publicó obras como *The Social System* [El sistema social] (1951) y se convirtió en la figura más destacada de la sociología estadounidense.

Sin embargo, a finales de los años sesenta la naciente ala radical de la sociología estadounidense comenzó a atacar a Parsons. Le calificaron políticamente de conservador. También su teoría fue considerada muy conservadora y poco más que un esquema sofisticado de categorización. Pero durante la década de 1980 resurgió el interés por la teoría parsoniana no sólo en los Estados Unidos, sino también en muchos otros países del mundo (Buxton, 1985; Sciulli y Gerstein, 1985). Holton y Turner (1986: 13) fueron los que más lejos llegaron al afirmar que «la obra de Parsons... representa una aportación a la sociología más poderosa que la de Marx, Weber, Durkheim y la de cualquiera de

sus seguidores contemporáneos». Además, las ideas de Parsons influyen no sólo en los pensadores conservadores, sino también en los teóricos neomarxistas.

A su muerte varios de sus antiguos estudiantes, que hoy son sociólogos destacados, reflexionaron sobre su teoría, así como sobre el hombre que había detrás de ella. En sus meditaciones, estos sociólogos nos ofrecieron algunas ideas interesantes sobre Parsons y su obra. Las pocas descripciones de Parsons que aquí reproducimos no nos ayudan a hacernos una imagen coherente de su persona, pero nos ofrecen ciertas ideas sugerentes del hombre y su obra.

Rober Merton era estudiante suyo cuando Parsons empezó su carrera docente en Harvard. Merton, que se convertiría en un teórico destacado por sus propios méritos, especificó que los estudiantes no acudían a Harvard en aquellos años para estudiar con Parsons, sino con Pitirim Sorokin, el miembro más antiguo del departamento que llegaría a convertirse en su enemigo más acérrimo:

De la primera promoción de estudiantes que acudieron a Harvard... ninguno de ellos iba a allí para estudiar con Talcott Parsons. No podían hacerlo por una razón obvia: en 1931 no era conocido como sociólogo.

Si bien nosotros, los estudiantes, acudíamos para estudiar con el famoso Sorokin, algunos nos quedamos a trabajar con el desconocido Parsons.

(Merton, 1980: 69)

Las reflexiones de Merton sobre el primer curso de teoría que impartió Parsons son harto interesantes también, especialmente porque el contenido del curso proporcionó la base para una de las obras teóricas más influyentes de la historia:

Mucho antes de que Talcott Parsons se convirtiera en uno de los gigantes de la sociología, fue para algunos de nosotros nuestro pequeño gigante. Esto comenzó a suceder durante su primer curso de teoría... Le ayudó a desarrollar el núcleo de su obra maestra, La estructura de la acción social, que... no se publicaría hasta cinco años después de su divulgación oral.

(Merton, 1980: 69-70)

Aunque no todos comparten la opinión positiva de Merton, todos reconocen lo siguiente:

La muerte de Talcott Parsons marca el final de una era de la sociología. Con seguridad, la nueva era... se verá reforzada por la gran tradición de pensamiento sociológico que nos ha legado.

(Merton, 1980: 71)

Otro requisito de la sociedad es un método que regule los medios para alcanzar estas metas: el sistema normativo. Sin la regulación normativa de los medios, la sociedad se ve amenazada por el caos, la anomía y la apatía. En caso de que el éxito ocupacional pudiera alcanzarse por cualquier medio, sobrevendría, de acuerdo con los funcionalistas estructurales, el desorden social.

Una sociedad debe regular asimismo la expresión afectiva, porque las emociones desenfrenadas constituyen otra fuente de caos. Ciertas emociones son claramente necesarias; por ejemplo, el amor y la lealtad familiar son necesarios para asegurar una población adecuada. Aunque es difícil definir con precisión la línea que divide los niveles de emoción que resultan necesarios y peligrosos, para los funcionalistas estructurales es evidente que un determinado nivel de emotividad puede llegar a ser peligroso para el sistema social.

Implícita en muchas de las cuestiones que acabamos de señalar encontramos la idea de que la sociedad necesita la socialización de sus nuevos miembros para sobrevivir. Las personas deben aprender muchas cosas, entre ellas su lugar en el sistema de estratificación, el sistema de valores comunes, las orientaciones cognitivas compartidas, las metas aceptadas, las normas que definen los medios apropiados para alcanzar esas metas y la regulación de los estados afectivos. Desde el punto de vista de los funcionalistas estructurales, si los actores no aprenden e internalizan estas cosas la sociedad es imposible.

Finalmente, la sociedad requiere el control efectivo de la conducta desintegradora. Idealmente, si el proceso de socialización logra que los actores internalicen los valores adecuados, se logrará que actúen según su propia voluntad. Para los funcionalistas estructurales, la sociedad funciona mejor cuando no es precisa la intervención del control externo sobre los actores. Sin embargo, cuando el control externo se demuestra necesario, deben intervenir los diversos agentes de control social. Entre ellos figuran desde el gesto de levantar las cejas que hace un amigo hasta la porra del agente de policía o, en casos extremos, la bayoneta de un soldado.

El funcionalismo estructural de Talcott Parsons

Talcott Parsons produjo a lo largo de su vida una enorme cantidad de trabajo teórico. Existen diferencias importantes entre sus obras temprana y madura. En este apartado vamos a estudiar su teoría estructural-funcional madura. (Para un análisis más completo del funcionalismo estructural de Parsons, véase Ritzer, 1992.) Comenzaremos el análisis del funcionalismo estructural de Parsons por los cuatro imperativos funcionales de todo sistema de «acción», su famoso esquema ÁGIL. Después regresaremos al estudio de las ideas de Parsons sobre las estructuras y los sistemas.

ÁGIL. Una *función* es «un complejo de actividades dirigidas hacia la satisfacción de una o varias necesidades del sistema» (Rocher, 1975: 40). Sobre la base de esta definición Parsons creía que había cuatro imperativos funcionales

necesarios (característicos) de todo sistema: (A) adaptación, (G) capacidad para alcanzar metas*, (I) integración, y (L) latencia, o mantenimiento de patrones (ÁGIL). Para sobrevivir, un sistema debe realizar estas cuatro funciones:

1. *Adaptación*: todo sistema debe satisfacer las exigencias situacionales externas. Debe adaptarse a su entorno y adaptar el entorno a sus necesidades.
2. *Capacidad para alcanzar metas*: todo sistema debe definir y alcanzar sus metas primordiales.
3. *Integración*: todo sistema debe regular la interrelación entre sus partes constituyentes. Debe controlar también la relación entre los otros tres imperativos funcionales (A, G, L).
4. *Latencia (mantenimiento de patrones)*: todo sistema debe proporcionar, mantener y renovar la motivación de los individuos y las pautas culturales que crean y mantienen la motivación.

Parsons diseñó el esquema ÁGIL de manera que pudiera usarse en *todos los* niveles de su sistema teórico. Ilustraremos el modo en que Parsons utilizó el sistema ÁGIL mediante el análisis que haremos en breve de los cuatro sistemas de acción.

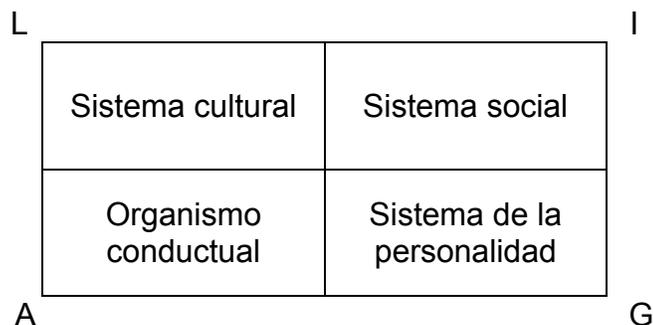


Figura 3.1. Estructura del sistema G general de la acción.

El *organismo biológico* es el sistema de acción que cumple la función de adaptación al ajustarse o transformar el mundo externo. El *sistema de la personalidad* realiza la función del logro de metas mediante la definición de los objetivos del sistema y la movilización de los recursos para alcanzarlos. El *sistema social* se ocupa de la función de la integración, al controlar sus partes constituyentes. Finalmente, el *sistema cultural* cumple la función de proporcionar a los actores las normas y los valores que les motivan para la acción. La Figura 3.1 esquematiza la estructura del sistema de acción en términos del esquema AGIL.

El sistema de la acción. Tenemos ya los elementos necesarios para comprender y analizar el conjunto del sistema de la acción de Parsons que, en

* *Goal attainment* en inglés. [N. de la T.]

muchos sentidos, es un sistema de los niveles del análisis social (véase el Apéndice). La Figura 3.2 muestra un esquema de los principales niveles del sistema de Parsons.

Es obvio que Parsons tenía una idea muy nítida de los distintos «niveles» del análisis social, así como de su interrelación. En su análisis el orden jerárquico aparece muy claro, y los niveles se integran en su sistema de dos maneras. Primera, cada uno de los sistemas inferiores proporciona las condiciones, la energía, que requieren los niveles superiores. Segunda, los niveles superiores controlan a los que hay debajo de ellos en la jerarquía.

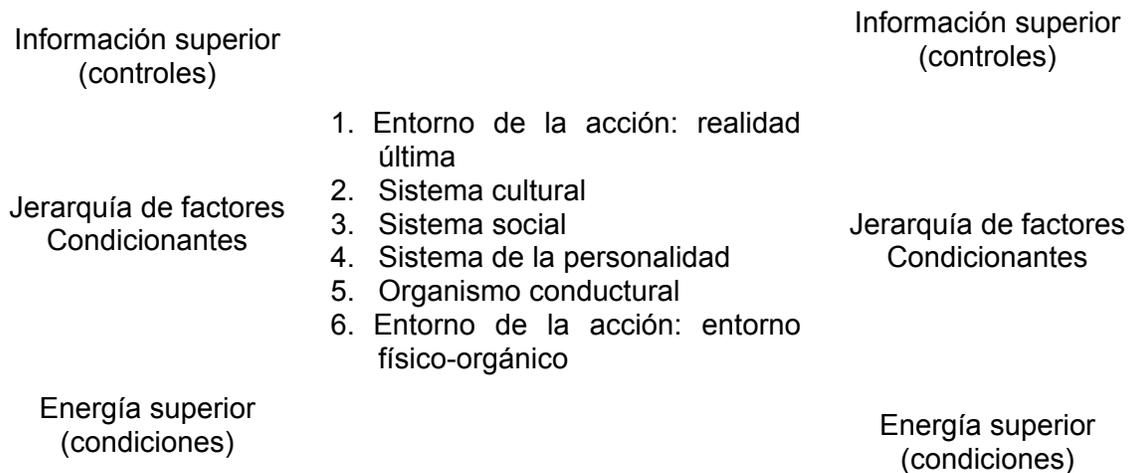


Figura 3.2. El esquema de la acción de Parsons.

En términos de los ambientes del sistema de la acción, el nivel inferior, el entorno orgánico y físico, implica los aspectos no simbólicos del cuerpo humano, su anatomía y fisiología. El nivel superior, la realidad última, tiene, como Jackson Toby sugiere, un «tono metafísico», aunque también afirma este autor que Parsons «no se refiere tanto a lo sobrenatural como a la tendencia universal de las sociedades a abordar simbólicamente la inseguridad, las preocupaciones y las tragedias de la existencia humana que desafían el sentido de la organización social» (1977: 3).

El núcleo de la obra de Parsons son sus cuatro sistemas de la acción. En los supuestos que Parsons hizo en su análisis de los sistemas de la acción, encontramos de nuevo el problema del orden, preocupación que sintió desde el origen de su carrera y que se convirtió en la mayor fuente de críticas de su obra (Schwanenberg, 1971). Para Parsons (1937), los filósofos anteriores no habían ofrecido una respuesta satisfactoria al problema hobbesiano del orden: qué es lo que evita una guerra social de todos contra todos. Parsons encontró una

respuesta a este problema en el funcionalismo estructural, que trabaja con los siguientes supuestos:

1. Los sistemas tienen la característica del orden y de la interdependencia de las partes.
2. Los sistemas tienden hacia un orden que se mantiene por sí mismo, o equilibrio.
3. Los sistemas pueden ser estáticos o verse implicados en un proceso ordenado de cambio.
4. La naturaleza de una parte del sistema influye en la forma que pueden adoptar las otras partes.
5. Los sistemas mantienen fronteras con sus ambientes.
6. La distribución y la integración constituyen dos procesos fundamentales y necesarios para el estado de equilibrio de un sistema.
7. Los sistemas tienden hacia el automantenimiento, que implica el mantenimiento de fronteras y de las relaciones entre las partes y el todo, el control de las variaciones del entorno, y el control de las tendencias de cambio del sistema desde su interior.

Estos supuestos llevaron a Parsons a hacer del análisis de la estructura *ordenada* de la sociedad su principal preocupación. Al hacerlo, no se ocupó de la cuestión del cambio social hasta muy avanzada su carrera:

Creemos que no es rentable describir los cambios que se producen en los sistemas de variables sin aislar y describir antes las variables; por tanto, hemos preferido comenzar estudiando combinaciones determinadas de variables para movernos hacia la descripción de los cambios que experimentan estas combinaciones una vez que ha sido sentada una sólida base para hacerlo.

(Parsons y Shills, 1951: 6)

Parsons recibió críticas tan duras por su orientación estática que comenzó a dedicar cada vez más atención al cambio; de hecho, como veremos, procedió finalmente al análisis de la evolución de las sociedades. Sin embargo, en opinión de muchos observadores, su obra sobre el cambio social tendía a ser muy estática y estructurada.

Cuando piense en los cuatro sistemas de la acción, el lector debe tener en mente que no existen en el mundo real, sino que más bien constituyen herramientas analíticas para el análisis del mundo real.

Sistema social. La concepción de Parsons sobre el sistema social comienza en el micronivel de la interacción entre ego y alter ego, definida como la forma más elemental del sistema social. Dedicó poco tiempo al análisis de este nivel, si bien sostuvo que los rasgos de este sistema de interacción están presentes en las formas más complejas que adopta el sistema social. He aquí la definición de Parsons de sistema social:

Un sistema social -reducido a los términos más simples- consiste, pues, en una pluralidad de actores individuales que interactúan entre sí en una situación que tiene, al menos, un aspecto físico o de medio ambiente, actores motivados por una tendencia a «obtener un óptimo de gratificación» y cuyas relaciones con sus situaciones incluyendo a los demás actores- están mediadas y definidas por un sistema de símbolos culturalmente estructurados y compartidos.

(Parsons, 1951: 5-6)

Esta definición del sistema social contiene muchos de los conceptos clave de la obra de Parsons: los actores, la interacción, el entorno, la maximización de la gratificación y la cultura.

A pesar de su compromiso con la concepción del sistema social como un sistema de interacción, Parsons no tomó la interacción como unidad fundamental en su estudio del sistema social. Utilizó el concepto más complejo de estatusrol como unidad básica del sistema. Como ya hemos señalado, éste no constituye ni un aspecto de los actores ni un aspecto de la interacción, sino un componente estructural del sistema social. El estatus hace referencia a una posición estructural en el seno de un sistema social, y el rol a lo que hace el actor en esa posición; ambos son considerados en el contexto de su significado funcional para el sistema. No se considera al actor en función de sus pensamientos y acciones, sino sólo como un conjunto de estatus y roles (al menos en términos de su posición en el sistema social).

En su análisis del sistema social, Parsons se interesa primordialmente por sus componentes estructurales. Además de ocuparse del estatus-rol, Parsons (1966: 11) se interesó también por los grandes componentes de los sistemas sociales, tales como las colectividades, las normas y los valores. Sin embargo, en su estudio del sistema social Parsons adoptó una postura no sólo estructuralista, sino también funcionalista. Delineó una serie de prerequisites funcionales de todo sistema social. Primero, los sistemas sociales deben estar estructurados de manera que sean compatibles con otros sistemas. Segundo, para sobrevivir, el sistema social debe contar con el apoyo de otros sistemas. Tercero, debe satisfacer una proporción significativa de las necesidades de los actores. Cuarto, debe suscitar en sus miembros una participación suficiente. Quinto, debe ejercer al menos un cierto control sobre la conducta potencialmente desintegradora. Sexto, si surge un conflicto desintegrador, es necesario que lo controle. Finalmente, un sistema social requiere un lenguaje para sobrevivir.

En el análisis de los prerequisites funcionales del sistema social, se aprecia con claridad que Parsons se centró en los grandes sistemas y su interrelación (funcionalismo societal). Incluso cuando hablaba de los actores, lo hacía desde la perspectiva del sistema. Este análisis refleja también la preocupación de Parsons por el mantenimiento del orden en el sistema social.

Sin embargo, Parsons no ignoró totalmente la cuestión de la relación entre los actores y las estructuras sociales. De hecho, como hemos visto más arriba, creía que la integración de las pautas de valor y las disposiciones de necesidad constituía «el teorema dinámico fundamental de la sociología» (Parsons, 1951: 42). Dada su preocupación central por el sistema social, los procesos de internalización y socialización cobran una importancia crucial en esa integración. Es decir, a Parsons le interesaban los modos en que se transmitían las normas y los valores de un sistema a los actores de ese sistema. Estas normas y valores se internalizan en un proceso efectivo de socialización; es decir, por medio de este proceso llegan a convertirse en parte de las «conciencias» de los actores. Por lo tanto, cuando los actores persiguen sus intereses particulares, en realidad están sirviendo a los intereses generales del conjunto del sistema. Como Parsons señaló, «La combinación de las pautas de orientación de valor que se adquieren (en la socialización) *debe ser en una considerable proporción una función de la estructura fundamental de los roles y los valores predominantes del sistema social*» (1951: 227).

En general, Parsons suponía que los actores solían ser receptores pasivos en el proceso de la socialización⁵. Los niños aprenden no sólo cómo actuar, sino también las normas y los valores, la moralidad, de la sociedad. La socialización se define como un proceso conservador en el que las disposiciones de necesidad (que están moldeadas en buena parte por la sociedad) ligan a los niños con el sistema social, el cual proporciona los medios por los que poder satisfacer las disposiciones de necesidad. Queda poco espacio, de haberlo, para la creatividad; la necesidad de gratificación liga a los niños con el sistema tal y como existe. Parsons concibe la socialización como una experiencia que dura toda la vida. Como las normas y los valores inculcados durante la infancia tienden a ser hartamente generales, no preparan a los niños para diversas situaciones específicas en las que pueden encontrarse en su madurez. Así, la socialización debe complementarse con una serie de experiencias socializadoras más específicas. A pesar de esta necesidad en la madurez, las normas y los valores aprendidos en la infancia tienden a ser estables y, con un ligero refuerzo, tienden a permanecer durante toda la vida.

A pesar del conformismo al que induce la socialización a lo largo de toda la vida, existe una gran cantidad de variación individual en el sistema. La pregunta es: ¿por qué la conformidad no suele constituir una preocupación principal para todo sistema social, dado su carácter necesario para el orden? Por un lado, se puede hacer uso de una serie de mecanismos de control social para lograr la conformidad. Sin embargo, para nuestro autor, el control social constituye estrictamente una segunda línea de defensa. Un sistema funciona mejor cuando recurre con poca frecuencia al control social. Por otro lado, el sistema debe tolerar

⁵ Esta es una interpretación polémica de la obra de Parsons con la que muchos no están de acuerdo. Francois Bourricaud, por ejemplo, habla de «la dialéctica de la socialización» (1981: 108) en la obra de Parsons, y no de receptores pasivos de la socialización.

cierta variación, cierta desviación. Un sistema social flexible es más fuerte que uno rígido que no acepta la desviación. Finalmente, el sistema social debe proporcionar una amplia serie de oportunidades de rol que permita la expresión de las diferentes personalidades sin amenazar la integridad del sistema.

La socialización y el control social constituyen los principales mecanismos que permiten al sistema social mantener el equilibrio. Debe permitirse una pequeña cantidad de individualidad y desviación, pero sus formas más extremas requieren mecanismos reequilibradores. Así, el orden social es la base de la estructura del sistema social de Parsons:

Sin una planificación deliberada por parte de nadie, en nuestro tipo de sistema social y, correspondientemente, en otros, se han desarrollado mecanismos que dentro de ciertos límites son capaces de prevenir e invertir las profundas tendencias a la desviación en la fase del círculo vicioso, que la sitúa más allá del control de las sanciones ordinarias de aprobación-desaprobación y recompensa-castigo.

(Parsons, 1951: 319)

Parsons se centra otra vez en el sistema en su conjunto más que en el actor dentro del sistema: se ocupa de cómo controla el sistema al actor, no de cómo el actor crea y mantiene el sistema. La preocupación de Parsons por esta cuestión refleja su compromiso con la orientación estructural-funcional.

Aunque la idea del sistema social hace referencia a todo tipo de colectividades, un sistema social específico y particularmente importante es la *sociedad*, «una colectividad relativamente autosuficiente cuyos miembros pueden satisfacer todas sus necesidades individuales y colectivas y vivir enteramente dentro de su marco» (Rocher, 1975: 60). Como buen funcionalista estructural, Parsons distinguía entre cuatro estructuras o subsistemas de la sociedad a partir de las funciones (ÁGIL) que cumplen (véase Figura 3.3). La *economía* es el subsistema que cumple la función de la adaptación de la sociedad al entorno mediante el trabajo, la producción y la distribución. Así, la economía adapta el entorno a las necesidades de la sociedad, y ayuda a la sociedad a adaptarse a estas realidades externas. La política (o sistema político) realiza la función del

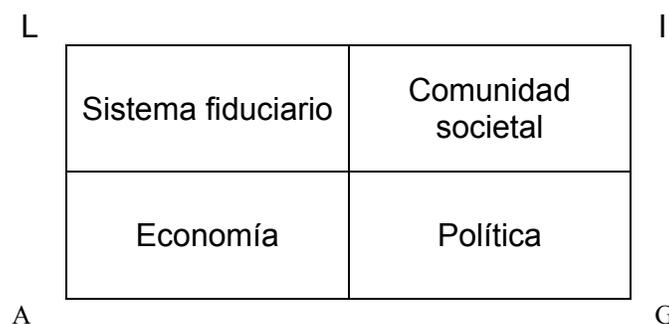


Figura 3.3. La sociedad, sus subsistemas y los imperativos C funcionales.

logro de metas mediante la persecución de objetivos societales y la movilización de los actores y recursos para ese fin. El sistema fiduciario (por ejemplo, las escuelas, la familia) cumple la función de la latencia al ocuparse de la transmisión de la cultura (normas y valores) a los actores permitiendo que la internalicen. Finalmente, la función de la integración corresponde a la comunidad societal (por ejemplo, el derecho), que se ocupa de coordinar los diversos componentes de la sociedad (Parsons y Platt, 1973).

A pesar de que las estructuras del sistema social eran extremadamente importantes para Parsons, el sistema cultural era aún más importante. De hecho, como ya hemos visto, el sistema cultural se mantiene en la cúspide de su sistema de la acción, y Parsons (1966) se calificó a sí mismo de «determinista cultural».

Sistema cultural. Parsons concebía la cultura como la principal fuerza que ligaba los diversos elementos del mundo social o, dicho en sus propios términos, del sistema de la acción. La cultura media en la interacción entre los actores e integra la personalidad y los sistemas sociales. Tiene la peculiar capacidad de llegar a ser, al menos en parte, un componente de otros sistemas diferentes. De este modo, en el sistema social, la cultura se encarna en normas y valores, y en el sistema de la personalidad es internalizada por el actor. Pero el sistema cultural no es simplemente una parte de los otros sistemas; también tiene una existencia separada, pues constituye el acervo social de conocimientos, símbolos e ideas. Estos aspectos del sistema cultural se encuentran en los sistemas social y de la personalidad, pero no se convierten en parte de ellos (Morse, 1961: 105; Parsons y Shils, 1951: 6).

Igual que con los otros sistemas, Parsons definió el sistema cultural en términos de su relación con el resto de los sistemas de la acción. Así, la cultura es un sistema pautado y ordenado de símbolos que son objeto de la orientación de los actores, componentes internalizados del sistema de la personalidad, y pautas institucionalizadas del sistema social (Parsons, 1960). Como es en gran medida simbólica y subjetiva, la cultura tiene la capacidad de transmitirse con facilidad y rapidez de un sistema a otro. Esto la permite moverse de un sistema social a otro mediante la difusión y de un sistema de personalidad a otro a través del aprendizaje y la socialización. Sin embargo, el carácter simbólico (subjetivo) de la cultura le proporciona otro rasgo a los ojos de Parsons, la capacidad de controlar los otros sistemas de la acción. Esta es una de las razones que explican que Parsons se calificase a sí mismo de determinista cultural.

Pero dada la importancia del sistema cultural en la teoría parsoniana, podemos plantearnos si Parsons nos ofreció una teoría verdaderamente integradora. Como señalamos en el Apéndice, una teoría verdaderamente integradora proporciona una tosca equivalencia a todos los niveles principales del análisis. El determinismo cultural y, en realidad, todo determinismo, es altamente sospechoso desde la perspectiva de una sociología integrada. (Para una concepción más integradora de la obra de Parsons, véase Cómics, 1990.) Veremos

cómo se agrava este problema cuando analicemos su sistema de la personalidad y comprobemos la debilidad de su desarrollo en la obra de Parsons.

Sistema de la personalidad. El sistema de la personalidad está controlado no sólo por el sistema cultural, sino también por el social. Esto no significa que Parsons no asignara cierta independencia al sistema de la personalidad:

 Mi opinión es que, si bien el contenido de la estructura de la personalidad se deriva de los sistemas sociales y culturales a través de la socialización, la personalidad se convierte en un sistema independiente mediante las relaciones que mantiene con su propio organismo y debido a la particularidad de su propia experiencia vital; no es un mero epifenómeno.

(Parsons, 1970a: 82)

Estas palabras nos dan la impresión de que Parsons protesta en exceso. Si el sistema de la personalidad no es un epifenómeno, ciertamente se reduce a ocupar un estatus dependiente en su sistema teórico.

La *personalidad* se define como el sistema organizado de la orientación y la motivación de la acción del actor individual. El componente básico de la personalidad es la disposición de necesidad, un concepto que ya hemos analizado pero que requiere ahora una mayor explicación. Parsons y Shils definen las *disposiciones de necesidad* como las «unidades más relevantes de la motivación de la acción» (1951: 113). Distinguen las disposiciones de necesidad de los impulsos, que constituyen tendencias innatas, la «energía fisiológica que hace posible la acción» (Parsons y Shils, 1951: 111). En otras palabras, los impulsos se consideran parte del organismo biológico. Las disposiciones de necesidad se definen, pues, como «esas mismas tendencias que no son innatas, sino adquiridas a través del proceso mismo de la acción» (Parsons y Shils, 1951: 111). En suma, las disposiciones de necesidad son impulsos moldeados por la sociedad.

Las disposiciones de necesidad impulsan a los actores a aceptar o rechazar objetos presentes en el entorno, o a buscar nuevos objetos si los que están a su alcance no satisfacen suficientemente las disposiciones de necesidad. Parsons distingue entre tres tipos básicos de disposiciones de necesidad. El primero impulsa al actor a buscar amor, aprobación, etc., en sus relaciones sociales. El segundo incluye valores internalizados que conducen a los actores a observar diversos modelos culturales. Finalmente, están las expectativas de rol que llevan a los actores a dar y obtener respuestas adecuadas.

Esa es una imagen muy pasiva de los actores. Parecen regirse por los impulsos, ser dominados por la cultura o, lo que es más frecuente, dominados por una combinación de impulsos y cultura (es decir, por disposiciones de necesidad). Un sistema pasivo de personalidad constituye claramente un vínculo débil en una teoría integrada, y Parsons parecía ser consciente de ello. En varias ocasiones intentó conferir a la personalidad cierta creatividad. Por ejemplo, señaló: «No

queremos decir con ello... que los valores de una persona sean por entero "cultura internalizada" o mera observancia de reglas y leyes. La persona introduce modificaciones creativas a medida que internaliza la cultura; pero ese aspecto novedoso no es un aspecto cultural» (Parsons y Shils, 1951: 72). A pesar de este tipo de reflexiones, la impresión dominante que se deriva de su obra es la pasividad de su sistema de la personalidad.

Centrarse exclusivamente en las disposiciones de necesidad plantea otro problema. Ignora otros muchos aspectos importantes de la personalidad, lo que empobrece su sistema. Alfred Baldwin, psicólogo, subraya esta cuestión:

Parece apropiado señalar que Parsons ignora en su teoría una serie razonable de características u otros mecanismos de la personalidad, aparte de las disposiciones de necesidad, y se encuentra en dificultades al no caracterizar a la personalidad con otros rasgos y tipos diferentes de mecanismos que le permiten funcionar.

(Baldwin, 1961: 186)

En su reflexión acerca del sistema de la personalidad de Parsons, Baldwin señala también que el interés primordial de Parsons en este análisis no era el sistema de la personalidad: «En los numerosos capítulos que Parsons dedica al análisis de la estructura de la personalidad, hay más páginas que tratan de los sistemas sociales que de la personalidad» (1961: 180). Esto se refleja en los diversos modos en los que Parsons vinculó la personalidad con el sistema social. Primero, los actores deben aprender a verse a sí mismos conforme al lugar que ocupan en la sociedad (Parsons y Shils, 1951: 147). Segundo, las expectativas de rol se corresponden con los roles que ocupan los actores individuales. Luego está el aprendizaje de la autodisciplina, la internalización de las orientaciones de valor, la identificación, etc. Todas estas fuerzas hacen referencia a la integración del sistema de la personalidad y el sistema social, que constituye la preocupación central de Parsons. Sin embargo, también acentuó la posibilidad de la integración deficiente, que supone un problema que el sistema debe superar. .

Otro aspecto de la obra de Parsons refleja también la pasividad de su sistema de la personalidad: su interés por la internalización como el componente central del sistema de la personalidad derivado del proceso de socialización. Parsons (1970a: 2) desarrolló esta preocupación a partir de la obra de Durkheim sobre la internalización, así como de la de Freud, fundamentalmente la que se centra en el superego. Su hincapié en la internalización y el superego manifiesta de nuevo su concepción pasiva del sistema de la personalidad, que es externamente controlado.

Aunque en su obra temprana Parsons se había ocupado de los aspectos subjetivos de la personalidad, abandonó progresivamente esta perspectiva. Al hacerlo, limitó la perspectiva sobre el sistema de la personalidad que hubiera podido ofrecer. Parsons llegó a especificar con claridad que se alejaba de los

significados internos que podían tener las acciones para las personas: «La organización de los datos observacionales en términos de la teoría de la acción es bastante plausible y fructífera en términos conductistas modificados, y tal formulación evita muchas de las difíciles cuestiones de la introspección o la empatía» (Parsons y Shils, 1951: 64).

Organismo conductual. Si bien incluyó el organismo conductual como uno de los cuatro sistemas de la acción, Parsons nos ofreció pocas ideas sobre él. Lo incluyó porque constituye la fuente de energía para el resto de los sistemas. Aunque está genéticamente constituido, su organización está influida por los procesos de condicionamiento y aprendizaje que se producen durante la vida del individuo⁶. El organismo biológico constituye claramente en la obra de Parsons un sistema residual, pero debemos alabar a Parsons por haberlo incluido como parte de su sociología aunque no fuera más que por anticiparse al interés actual por la sociobiología que demuestran algunos sociólogos.

Cambio y dinamismo en la teoría parsoniana

Teoría evolucionista. Herramientas conceptuales de la obra de Parsons tales como las pautas variables, los imperativos funcionales y los cuatro sistemas de la acción suscitaron la crítica de que había ofrecido una teoría estructural que no incluía el análisis del cambio social. Parsons era consciente de esta crítica, y afirmó que aunque era necesario estudiar el cambio, era preciso analizar primero la estructura. Pero en la década de 1960 ya no pudo hacer frente a las críticas y dio otro giro a su obra, centrándose esta vez en el estudio del cambio social⁷, particularmente en el estudio de la evolución social (Parsons, 1977b: 50).

La orientación general de Parsons (1966) hacia el estudio del cambio social estaba moldeada por la biología. Para analizar este proceso, Parsons desarrolló lo que él denominó «un paradigma del cambio evolucionista».

El primer componente de ese paradigma era el proceso de *diferenciación*. Parsons suponía que toda sociedad se componía de una serie de subsistemas, que diferían en términos de su *estructura* y su significado *funcional* para el resto de la sociedad. A medida que la sociedad evoluciona, se van diferenciando nuevos subsistemas. Sin embargo, esto no es suficiente, ya que deben ser más adaptativos que los primeros subsistemas. Esto condujo a Parsons al rasgo esencial de su paradigma evolucionista, la idea del *ascenso de adaptación*. Parsons describió este proceso:

⁶ Debido a este elemento social, en su obra madura cambió el término organismo por el de «sistema conductual».

⁷ Para ser justos es necesario precisar que al principio de su carrera realizó algún trabajo sobre el cambio social, pero no llegó a ser su principal interés, y sus ideas acerca de esta cuestión son escasas hasta los años sesenta (véase Parsons, 1942, 1947; véase también Alexander, 1981; Baum y Lechner, 1981).

Para que la diferenciación dé un sistema equilibrado y más evolucionado, cada subestructura nuevamente diferenciada... debe tener una mayor capacidad de adaptación para realizar su función *primaria*, en comparación con el desempeño de esa función en la estructura previa y más difundida... Podemos decir que este proceso es el aspecto de *ascenso de adaptación* del ciclo de cambio evolutivo.

(Parsons, 1966: 22)

Es este un modelo sumamente positivo del cambio social. Supone que a medida que evoluciona la sociedad, aumenta su capacidad de solucionar sus problemas. En cambio, en la teoría marxista el cambio social conduce a la destrucción final de la sociedad capitalista. Por esta y otras razones, Parsons ha sido considerado un teórico de la sociología muy conservador. Además, aunque analizó el cambio, tendió a centrarse en los aspectos positivos del cambio social en el mundo moderno, antes que en el lado oscuro de la modernidad.

Por lo demás, Parsons afirmó que el proceso de diferenciación producía una nueva serie de problemas de *integración* para la sociedad. A medida que un subsistema prolifera, la sociedad se topa con nuevos problemas relativos a la coordinación del funcionamiento de estas unidades.

Una sociedad que evoluciona debe avanzar desde un sistema adscriptivo hacia otro adquisitivo. Se requieren muchas técnicas y capacidades nuevas para manejar los subsistemas más difusos. Las capacidades generales de las personas deben liberarse de sus vínculos adscriptivos de manera que puedan ser utilizadas por la sociedad. En términos más generales, esto significa que los grupos anteriormente excluidos de la contribución al sistema deben ser incluidos como miembros plenos de la sociedad.

Finalmente, el sistema de *valores* de la sociedad en su conjunto debe cambiar a medida que las estructuras sociales y las funciones son más diferenciadas. Sin embargo, como el nuevo sistema es más diverso, el sistema de valores encuentra mayores dificultades para ajustarse a él. Así, una sociedad más diferenciada requiere un sistema de valores que «debe establecerse en un nivel más alto de generalidad, con el fin de justificar la variedad más amplia de metas y funciones de sus subunidades» (Parsons, 1966: 23). Sin embargo, suele ocurrir que este proceso de generalización de los valores no se produce de forma tan uniforme a medida que encuentra resistencia por parte de grupos comprometidos con sus propios sistemas de valores específicos.

La evolución atraviesa por una variedad de ciclos, pero no todas las sociedades experimentan un proceso general. Algunas sociedades evolucionan rápidamente, mientras otras «están tan cargadas de conflictos internos u otros obstáculos» que impiden el proceso de la evolución, e incluso llegan a «deteriorarse» (Parsons, 1966: 23). Las sociedades que más interesaban a Parsons eran esas sociedades en las que se producían «rupturas», puesto que

pensaba que tras ellas el proceso de la evolución seguiría su modelo evolutivo general.

Si bien Parsons concebía la evolución como un proceso que atravesaba ciertas etapas, tuvo la precaución de rechazar explícitamente una teoría evolucionista unilineal. «No concebimos la evolución societaria ni como algo continuo ni como un proceso lineal simple, sino que efectuamos una distinción entre niveles amplios de avance, sin pasar por alto inadvertidamente la variabilidad considerable que se encuentra en cada uno de ellos» (1966: 26). Dejando claro que quería simplificar las cosas, Parsons distinguió tres etapas evolutivas generales: primitiva, intermedia y moderna. De modo característico, diferenció estas tres etapas a partir de su dimensión cultural. El desarrollo crucial en la transición de la primitiva a la intermedia era el desarrollo del lenguaje, fundamentalmente del lenguaje escrito. El desarrollo clave de la transición de la intermedia a la moderna eran los «códigos institucionalizados de orden normativo», o derecho (Parsons, 1966: 26).

Luego Parsons procedió al análisis de una serie de sociedades específicas en el contexto de la evolución de la sociedad primitiva a la moderna. Merece mención una cuestión particular aquí: Parsons se orientó hacia la teoría evolucionista, al menos en parte, porque había sido acusado de ser incapaz de analizar el cambio social. Sin embargo, su análisis de la evolución no es un análisis de procesos; antes bien, constituye un intento de «ordenar tipos estructurales y relacionarlos secuencialmente» (Parsons, 1966: 111). Lo que hizo fue, en realidad, un análisis estructural comparado, no un estudio de los procesos del cambio social. Así, aunque supuestamente analizaba el cambio, Parsons seguía comprometido con el estudio de las estructuras y de las funciones.

Medios generalizados de intercambio. Parsons introdujo cierto dinamismo, cierta fluidez (Alexander, 1983: 115), en su sistema teórico a través de su reflexión sobre los medios generalizados de intercambio dentro y entre los cuatro sistemas de la acción que han sido ya analizados (especialmente dentro del sistema social). El modelo de los medios generalizados de intercambio es el dinero, que opera como tal en la economía. Pero en lugar de centrarse en fenómenos materiales tales como el dinero, Parsons se interesó por los medios simbólicos de intercambio. Incluso en su análisis del dinero como un medio de intercambio dentro del sistema social, Parsons se centra en sus propiedades simbólicas más que en sus cualidades materiales. Además del dinero hay otros medios generalizados de intercambio más propiamente simbólicos: el poder político, la influencia, y los compromisos con los valores. Parsons especificó por qué se centró en los medios simbólicos del intercambio: «A mi entender, la introducción de una teoría de los medios en el tipo de perspectiva estructural que tengo en mente refuta en buena medida las críticas frecuentes de que mi perspectiva estructural está tan inherentemente plagada de estatismo, que le es imposible hacer justicia a los problemas dinámicos» (1975: 98-99).

Los medios simbólicos de intercambio tienen la capacidad, como el dinero, de ser creados y de circular en el conjunto de la sociedad. Así, dentro del sistema social, los que pertenecen al sistema político son capaces de crear poder político. Y lo que es más importante aún, pueden gastar ese poder, permitiendo que circule libremente e influya en el sistema social. Mediante ese gasto de poder, los líderes refuerzan supuestamente el sistema político, así como la sociedad en su conjunto. En términos más generales, constituye un medio generalizado que circula entre los cuatro sistemas de la acción y dentro de la estructura de cada uno de estos sistemas. Es su existencia y movimiento lo que da dinamismo a los análisis fundamentalmente estructurales de Parsons.

Como Alexander señaló (1983: 115), los medios generalizados de intercambio proporcionan dinamismo a la teoría de Parsons en otro sentido. Permiten la existencia de «empresarios de medios» (por ejemplo, los políticos) que pueden no aceptar el sistema de intercambio tal y como existe. Es decir, pueden ser creativos y hábiles y alterar no sólo la cantidad de medios generalizados, sino el modo y la dirección en que circulan.

El funcionalismo estructural de Robert Merton

Mientras Talcott Parsons es el teórico estructural funcional más notable, fue su discípulo Robert Merton quien desarrolló algunos de los enunciados más importantes del funcionalismo estructural en sociología (1949/1968). Merton criticó algunos de los aspectos extremos e indefendibles del funcionalismo estructural. Pero al mismo tiempo desarrolló una perspicacia conceptual que contribuyó a perpetuar la validez del funcionalismo estructural.

Modelo estructural-funcional. Merton criticó lo que consideraba que eran los tres postulados básicos del análisis funcional. El primero atañe a la unidad funcional de la sociedad. Este postulado sostiene que todas las creencias y prácticas culturales y sociales estandarizadas son funcionales para la sociedad en su conjunto, así como para los individuos que a ella pertenecen. Esta perspectiva implica que las diversas partes de un sistema social deben tener un grado alto de integración. Sin embargo, Merton mantenía que aunque este postulado se verificaba en las pequeñas sociedades primitivas, no ocurría así en el caso de sociedades más grandes y complejas.

El funcionalismo universal constituye el segundo postulado, que presupone que todas las formas y estructuras sociales y culturales estandarizadas cumplen funciones positivas. Merton señalaba que este postulado contradecía lo que ocurría en el mundo real. Era evidente que no toda estructura, costumbre, idea, creencia, etcétera, cumplía funciones positivas. Por ejemplo, el nacionalismo fanático podía ser altamente disfuncional en un mundo en el que proliferan las armas nucleares.

En tercer lugar figura el postulado de la indispensabilidad, que sostiene que todos los aspectos estandarizados de la sociedad no sólo cumplen funciones

positivas, sino que representan también partes indispensables para el funcionamiento del todo. Este postulado conduce a la idea de que todas las funciones y estructuras son funcionalmente indispensables para la sociedad. Ninguna otra estructura o función podría funcionar mejor que la que de hecho se encuentra en cada sociedad. La crítica de Merton, de acuerdo con Parsons, era que al menos debíamos admitir que existían diversas alternativas funcionales y estructurales que podían adecuarse a la sociedad.

Merton afirmaba que todos estos postulados funcionales se fundamentaban sobre supuestos no empíricos basados en sistemas teóricos abstractos. Como mínimo, la responsabilidad del sociólogo es examinar empíricamente cada uno de esos supuestos. La creencia de Merton de que la verificación empírica, no los supuestos teóricos, era crucial para el análisis funcional, le condujo a desarrollar su «paradigma» del análisis funcional como guía para la integración de la teoría y la investigación.

Merton especificó claramente que el análisis estructural-funcional debía partir del estudio de los grupos, las organizaciones, las sociedades y las culturas. Afirmaba que todo objeto susceptible de análisis estructural-funcional debía «representar una cosa estandarizada (es decir, normada y reiterativa)» (Merton, 1949/1968: 104). Tenía en mente cuestiones tales como «roles sociales, normas institucionales, procesos sociales, normas culturales, emociones culturalmente normadas, normas sociales, organización grupal, estructura social, mecanismos de control social, etcétera» (Merton, 1949/1968: 104).

Los primeros funcionalistas estructurales solían centrarse casi exclusivamente en las funciones que cumplía una estructura o institución social para otra. Sin embargo, para Merton estos analistas solían confundir los motivos subjetivos de los individuos con las funciones de las estructuras o las instituciones. El funcionalista estructural debía centrarse en las funciones sociales más que en los motivos individuales. De acuerdo con Merton, las funciones se definían como «las consecuencias observadas que favorecen la adaptación o ajuste de un sistema dado» (1949/1968: 105). No obstante, hay un claro sesgo ideológico cuando uno se centra exclusivamente en la adaptación o el ajuste, porque invariablemente se trata de consecuencias positivas. Es importante señalar que un hecho social puede tener consecuencias negativas para otro hecho social. Para rectificar esta grave omisión del funcionalismo estructural temprano, Merton desarrolló la idea de disfunción. Del mismo modo que las estructuras o las instituciones podían contribuir al mantenimiento de las diferentes partes del sistema social, también podían tener consecuencias negativas para ellas. Por ejemplo, la esclavitud en el sur de los Estados Unidos tuvo claras consecuencias positivas para los habitantes blancos del sur tales como la disposición de una oferta de mano de obra barata, el soporte de la industria del algodón y el estatus social. También tuvo disfunciones, tales como la casi total dependencia de los habitantes del sur de la economía agraria y su falta de preparación para la industrialización. La persistente disparidad entre el norte y el sur de Estados

Unidos en lo que atañe a la industrialización puede deberse, al menos en parte, a las disfunciones de la institución de la esclavitud en el sur.

Merton también enunció la idea de las *no funciones* que definía como consecuencias irrelevantes para el sistema sometido a estudio. Entre ellas figuraban, por ejemplo, las formas sociales que constituían «supervivencias» de tiempos pasados. Si bien probablemente tuvieron consecuencias positivas o negativas en el pasado, en la sociedad contemporánea carecían de efecto significativo. Un ejemplo (aunque algunos pueden disentir) podría ser el Movimiento Cristiano de la Templanza de las Mujeres.

Para responder a la cuestión de si las funciones positivas sobrepasan a las disfunciones o viceversa, Merton desarrolló el concepto de *saldo neto*. Sin embargo, jamás podremos sumar las funciones positivas, por un lado, y las disfunciones, por otro, y determinar objetivamente cuáles superan a las otras, porque los asuntos sometidos a estudio son tan complejos y se basan en tantos criterios subjetivos, que resulta difícil hacer un cálculo y sopesar de manera objetiva. La validez del concepto de Merton reside en el modo en que orienta al sociólogo cuando estudia una cuestión de cierta importancia. Regresemos al ejemplo de la esclavitud. La pregunta es si la esclavitud fue más funcional o más disfuncional para el sur. Pero es una pregunta muy general que oscurece otra serie de cuestiones (por ejemplo, que la esclavitud fue funcional para grupos como los blancos poseedores de esclavos).

Para solventar este tipo de problemas Merton desarrolló la idea de que había varios *niveles de análisis funcional*. Por lo general, los funcionalistas se habían limitado al análisis de la sociedad en su conjunto, y Merton señaló con claridad que también era necesario estudiar las organizaciones, las instituciones o los grupos. Retomemos el ejemplo de las funciones de la esclavitud para el sur. Para estudiar la cuestión es preciso diferenciar varios niveles de análisis y plantearse las funciones y las disfunciones de la esclavitud para las familias negras, para las blancas, para las organizaciones políticas negras, las organizaciones políticas blancas, etcétera. En términos del saldo neto, la esclavitud fue probablemente más funcional para unas unidades sociales y más disfuncional para otras. Abordar la cuestión en estos niveles más específicos nos facilita el análisis de la funcionalidad de la esclavitud para el sur en su conjunto.

Merton también introdujo los conceptos de funciones *latentes* y *funciones manifiestas*. Estos dos términos constituyen una contribución relevante al análisis funcional⁸. En general, las *funciones manifiestas* son intencionadas, mientras las

⁸ Colin Campbell (1982) ha criticado la distinción de Merton entre funciones manifiestas y funciones latentes. Entre otras cosas, señala que Merton manifiesta cierta vaguedad en lo tocante a estos términos y que los usa de diferentes maneras (por ejemplo, como consecuencias queridas frente a reales, y como significados superficiales frente a realidades subyacentes). Y lo que es más importante, cree que Merton (como Parsons) nunca integró adecuadamente la teoría de la acción y el funcionalismo estructural. El resultado es una incómoda combinación de la intencionalidad («manifiesta») de la teoría de la acción y las consecuencias estructurales («funciones») del

funciones latentes son no intencionadas. La función manifiesta de la esclavitud, por ejemplo, fue el aumento de la productividad económica del sur, pero cumplió también la función latente de producir una gran infraclase que hizo que se elevara el estatus social de los sureños blancos, tanto ricos como pobres. Esta idea guarda relación con otro concepto de Merton: las *consecuencias imprevistas*. Las acciones tienen consecuencias previstas y no previstas. Aunque todos somos conscientes de las consecuencias previstas, para identificar las consecuencias imprevistas se requiere del análisis sociológico; de hecho, algunos pensadores señalan que este es el verdadero objeto de la sociología. Peter Berger (1963) ha llamado a este estudio el «desenmascaramiento», o el descubrimiento de los efectos reales que surten las intenciones declaradas.

Merton especificó que las consecuencias no previstas y las funciones latentes no eran lo mismo. Una función latente es un tipo de consecuencia imprevista, que es funcional para un sistema determinado. Pero existen otros dos tipos de consecuencias imprevistas: «las que son disfuncionales para un sistema determinado, entre ellas las disfunciones latentes», y «las que son irrelevantes para el sistema, al cual no afectan ni funcional ni disfuncionalmente... las consecuencias no funcionales» (Merton, 1949/1968: 105).

En su esfuerzo por clarificar aún más la teoría funcional, Merton señaló que una estructura podía ser disfuncional para el sistema en su conjunto y, no obstante, seguir existiendo. Un buen ejemplo es el hecho de que la discriminación de los negros, las mujeres y otros grupos minoritarios, es disfuncional para la sociedad estadounidense, y que a pesar de ello sigue existiendo porque es funcional para una parte del sistema social; por ejemplo, la discriminación de las mujeres suele ser funcional para los hombres. Sin embargo, estas formas de discriminación cumplen también disfunciones incluso para el grupo para el que son funcionales. Los hombres padecen la discriminación a la que someten a las mujeres; asimismo, a los blancos les perjudica su propia conducta discriminatoria hacia los negros. Puede afirmarse que estas formas de discriminación perjudican a los mismos que la ejercen porque su comportamiento discriminatorio perpetúa la inproductividad de una enorme cantidad de personas y agudiza el conflicto social.

Merton mantenía que no todas las estructuras son indispensables para el correcto funcionamiento del sistema social. Algunas partes de nuestro sistema social *pueden* ser eliminadas. Esta idea hace que la teoría funcional supere otro de sus sesgos conservadores. Al admitir que ciertas estructuras pueden eliminarse, el funcionalismo admite el cambio social intencional. Nuestra sociedad, por ejemplo, podría seguir existiendo (e incluso mejoraría) si se eliminara la discriminación que sufren diversos grupos minoritarios.

funcionalismo estructural. Campbell cree que debido a estas y otras confusiones la distinción de Merton entre funciones manifiestas y funciones latentes apenas se usa en la sociología contemporánea.

ROBERT K. MERTON: Reseña autobiográfica



No me es difícil identificar a los profesores que más me enseñaron, tanto personalmente como en la distancia. En mis cursos de licenciatura fueron P. A. Sorokin, quien me orientó hacia el pensamiento social europeo y con el que jamás llegué a enemistarme -a diferencia de otros estudiantes de la época-, aunque no siguiera la dirección que tomaron sus investigaciones a finales de los años treinta; el entonces joven Talcott Parsons, que ya había comenzado a enunciar ideas que culminarían en su magistral obra *La estructura de la acción social*; el bioquímico y, en ocasiones, sociólogo, L. J. Henderson, quien me enseñó la investigación disciplinada de lo que en principio son sólo ideas interesantes; el historiador económico E. F. Gay, de quien aprendí cómo reconstruir un desarrollo económico a partir de archivos; y, quizás el más importante, el entonces decano de la historia de la ciencia, George Sarton, quien me permitió trabajar bajo su tutela durante varios años en su famoso (por no decir consagrado) seminario de la Biblioteca Widener de Harvard. Aparte de estos profesores con los que tuve una relación personal, fue mucho lo que aprendí de dos sociólogos, Emile Durkheim, sobre todo, y Georg Simmel, que nos legó obras magistrales, y de un humanista al que atraía la sociología, Gilbert Murray. En los últimos años aprendí mucho de mi colega Paul F. Lazarsfeld, quien probablemente no se hizo idea de lo mucho que me enseñó durante nuestras innumerables conversaciones y colaboraciones a lo largo de más de treinta años.

Cuando miro hacia atrás y analizo el conjunto de mi obra, encuentro en ella más de una pauta que nunca imaginé que existiera. Casi desde el principio de mi carrera, tras aquellos años de la licenciatura, me propuse perseguir mis intereses intelectuales a medida que surgieran, en lugar de trazarme un plan para toda la vida. Prefería adoptar los modos de mi maestro en la distancia, Durkheim, antes que los de mi maestro personal, Sarton. Durkheim cambió sucesivas veces de tema durante su larga carrera de investigación. Empezó con el estudio de la división del trabajo social, examinó los métodos de investigación sociológica y luego se dedicó al estudio de cuestiones que aparentemente no guardaban relación con aquélla, como el suicidio, la religión, la educación moral y el socialismo; entretanto desarrolló una orientación teórica que, en su opinión, sólo la hubiera podido desarrollar considerando aquéllos aspectos tan diferentes de la vida social. Sarton procedió de un modo bastante diferente: en el inicio de su carrera se trazó un programa de investigación sobre la historia de la ciencia que culminaría en su grandiosa obra en cinco volúmenes *Introduction (sic) to the History of Science* (¡que abarca la historia de la ciencia hasta finales del siglo XIV!)

La primera de estas pautas me parecía más adecuada para mí. Mi deseo era (y aún lo es) desarrollar teorías sociológicas de la estructura social y el cambio cultural que nos ayuden a comprender cómo han llegado a ser como son las instituciones sociales y el carácter de la vida en la sociedad. Esta preocupación por la sociología teórica me llevó a evitar la actual (y, en mi opinión, en la mayoría de los casos conveniente) especialización que está a la orden del día en el ámbito de la sociología, así como en otras disciplinas evolucionadas. Para los propósitos que me tracé era esencial el estudio de una gran variedad de asuntos sociológicos.

Sólo me ha interesado de manera continua un campo especializado: la sociología de la ciencia. Durante los años treinta me dediqué de manera casi exclusiva a los contextos sociales de la ciencia y la tecnología, especialmente en la Inglaterra del siglo XVII, para estudiar las consecuencias imprevistas de la acción social intencional. Como mi interés por la teoría aumentaba, durante la década de 1940 me ocupé del estudio de las fuentes sociales de la conducta desviada e inconformista, del funcionamiento de la burocracia, de la persuasión de masas y la comunicación en la compleja sociedad moderna, y del rol de los intelectuales, tanto dentro de las burocracias como fuera de ellas. Durante los años cincuenta, me centré en el desarrollo de una teoría sociológica de las unidades básicas de la estructura social: el rol y el estatus y los modelos de rol que las personas eligen no sólo debido a la emulación, sino también como fuente de valores adoptada como una base para la autoestima (esta última aproximación la denominé la «teoría de los grupos de referencia»). También emprendí junto con George Reader y Patricia Kendall el primer gran estudio sociológico sobre la formación médica, con el propósito de descubrir cómo se forman, al margen por completo de cualquier plan explícito, los diferentes tipos de médicos en las mismas escuelas de medicina, cuestión esta ligada al carácter distintivo de las profesiones como un tipo de actividad ocupacional. Durante los años sesenta y setenta, regresé al estudio intensivo de la estructura social de la ciencia y de su interacción con la estructura cognitiva; estas dos décadas han sido el periodo en el que la sociología de la ciencia terminó por madurar, siendo el pasado simplemente una suerte de prólogo. En todos estos estudios me orienté básicamente hacia las conexiones entre la teoría sociológica, los métodos de investigación y la investigación empírica sustantiva.

Agrupé estos intereses en décadas simplemente por conveniencia. Por supuesto, es evidente que no surgían y desaparecían de acuerdo con esas divisiones convencionales del calendario. Además no todos desaparecieron tras dedicarles un estudio intensivo. En la actualidad estoy trabajando en un volumen acerca de las consecuencias imprevistas de la acción social intencional, en la línea de un trabajo que publiqué por vez primera hace casi medio siglo y que desde entonces me ha ocupado intermitentemente. Otro volumen que todavía no ha visto la luz, titulado *The Self-Fulfilling Prophecy*, sigue en media docena de esferas de la vida social esa pauta que puede identificarse en un trabajo que realicé hace nada menos que un tercio de siglo con el mismo título. Y si el tiempo, la paciencia y la capacidad me lo permiten, me resta hacer una recapitulación de

mi trabajo sobre el análisis de la estructura social, con especial referencia a los estatus, roles y contextos estructurales desde la perspectiva estructural, y las funciones manifiestas, latentes, a las disfunciones, las alternativas funcionales y los mecanismos sociales desde la perspectiva funcional.

Como la muerte se acerca y mi trabajo progresa lenta y dolorosamente, no tiene demasiado sentido pensar en lo que haré después de terminar las tareas que ahora estoy realizando.

Copyright © 1981 by Robert K. Merton.

Las aportaciones de Merton son enormemente valiosas para los sociólogos (por ejemplo, Gans, 1972) que se proponen realizar un análisis estructural-funcional.

Estructura social y anomía. Antes de pasar al siguiente apartado debemos prestar cierta atención a una de las aportaciones más conocidas al funcionalismo estructural y, de hecho, a toda la sociología: el análisis de Merton (1968) de la relación entre cultura, estructura y anomía. Merton define la *cultura* como «el cuerpo organizado de *valores normativos* que gobiernan la conducta que es común a los individuos de determinada sociedad o grupo» y la *estructura social* como «el cuerpo organizado de *relaciones sociales* que mantienen entre sí diversamente los individuos de la sociedad o grupo» (1968: 216; cursivas añadidas). La anomía se produce «cuando hay una disyunción aguda entre las normas y los objetivos culturales y las capacidades socialmente estructuradas de los individuos del grupo para obrar de acuerdo con aquéllos» (1968: 216). Es decir, debido a la posición que ocupan en la estructura social de la sociedad, ciertas personas son incapaces de actuar de acuerdo con los valores normativos. La cultura exige cierto tipo de conducta que la estructura social impide que se produzca.

Por ejemplo, la cultura de la sociedad estadounidense da gran importancia al éxito material. Sin embargo, la posición de muchas personas en la estructura social les impide alcanzar ese éxito. Una persona que nace en el seno de la clase socioeconómica baja puede obtener, en el mejor de los casos, un diploma de formación secundaria, por lo que sus oportunidades de alcanzar el éxito económico de una manera comúnmente aceptada (por ejemplo, progresando en el mundo convencional del trabajo) son mínimas o inexistentes. En estas circunstancias (y son muy frecuentes en la sociedad estadounidense contemporánea) puede aparecer la anomía y darse una tendencia hacia la conducta desviada. En este contexto, la desviación suele adoptar la forma de un medio alternativo, no aceptado y en ocasiones ilegal para alcanzar el éxito económico. Así, convertirse en traficante de drogas o en prostituta para alcanzar el éxito económico constituye un ejemplo de la desviación generada por la disyunción entre los valores culturales y los medios socio-estructurales para

alcanzar esos valores. Para el funcionalista estructural ésta es una de las explicaciones del delito y la desviación.

Así, Merton analiza mediante este ejemplo las estructuras sociales (y culturales), pero no se centra de manera exclusiva en las funciones de esas estructuras. Antes bien, de acuerdo con su paradigma funcional, su preocupación central son las disfunciones, en este caso la anomía. Como hemos visto, Merton vincula la anomía con la desviación de manera que las disyunciones entre cultura y estructura tienen la consecuencia disfuncional de conducir a la desviación dentro de la sociedad.

Principales críticas

Ninguna teoría sociológica de la historia de la disciplina ha despertado tanto interés como el funcionalismo estructural. Desde finales de la década de 1930 hasta principios de la de 1960 fue virtual e indiscutiblemente la teoría sociológica dominante en los Estados Unidos. Sin embargo, durante los años sesenta comenzaron a aumentar de tal manera las críticas a esta teoría que llegaron a sobrepasar sus elogios. Mark Abrahamson describió esta situación vívidamente: «Así, dicho en términos metafóricos, el funcionalismo se pavoneó como un gigantesco elefante que se permitía ignorar la picadura de los mosquitos, incluso cuando el enjambre le estaba infligiendo cuantiosas pérdidas» (1978: 37).

Pasemos a analizar algunas de las críticas más importantes que se han desarrollado. En primer lugar examinaremos las críticas sustantivas al funcionalismo estructural y luego estudiaremos los problemas lógicos y metodológicos asociados a la teoría.

Críticas sustantivas. Una de las principales críticas defiende que el funcionalismo estructural no es válido para tratar cuestiones históricas, que es intrínsecamente ahistórico. De hecho, el funcionalismo estructural se desarrolló, al menos en parte, como reacción al enfoque histórico evolucionista de ciertos antropólogos. Se pensaba que los primeros antropólogos describían simplemente los diversos estadios de la evolución de una determinada sociedad o de la sociedad en general. Las descripciones de los primeros estadios eran altamente especulativas y los últimos estadios solían ser poco más que idealizaciones de la sociedad en la que vivía el antropólogo. Los primeros funcionalistas estructurales se afanaron por superar el carácter especulativo y los sesgos etnocéntricos de los trabajos de aquéllos. Al principio, el funcionalismo estructural fue demasiado lejos en sus críticas a la teoría evolucionista, y comenzó a centrarse tanto en sociedades abstractas como contemporáneas. Sin embargo, el funcionalismo estructural no necesariamente ha de ser ahistórico (Turner y Maryanski, 1979). Aunque los que lo utilizan o lo han utilizado han tendido a trabajar con él como si lo fuera, nada en la teoría les impide analizar cuestiones históricas. De hecho, la obra de Parsons sobre el cambio social (1966, 1971), como ya hemos visto, refleja la capacidad de los funcionalistas estructurales para analizar el cambio silo desean.

Los funcionalistas estructurales también fueron atacados por su incapacidad para analizar con eficacia el proceso del cambio social (Abrahamson, 1978; P. Cohen, 1968; Mills, 1959; Turner y Maryanski, 1979). Mientras la crítica anterior atañe a la supuesta incapacidad del funcionalismo estructural para analizar el pasado, la que nos ocupa ahora hace referencia a su paralela incapacidad para estudiar el proceso contemporáneo de cambio social. El funcionalismo estructural es bastante más apropiado para el análisis de estructuras estáticas que para el de los procesos de cambio. Percy Cohen (1968) cree que el problema reside en la teoría estructural-funcional, en la que todos los elementos de una sociedad se refuerzan unos a otros y refuerzan también al sistema en su conjunto. Esto dificulta la comprensión del modo en que estos elementos pueden contribuir al cambio. Mientras Cohen cree que el problema está en la teoría, Turner y Maryanski piensan, de nuevo, que el problema reside en los que utilizan la teoría, no en la teoría misma.

Desde el punto de vista de Turner y Maryanski los funcionalistas estructurales no suelen abordar la cuestión del cambio, y cuando lo hacen es en términos del desarrollo más que de la revolución. Sin embargo, ambos piensan que no hay razón alguna que explique por qué los funcionalistas estructurales no pueden abordar la cuestión del cambio social. Independientemente de donde se encuentra el problema, si en la teoría o en los teóricos, el hecho es que las principales contribuciones de los funcionalistas estructurales se enmarcan en el estudio de estructuras sociales estáticas que no cambian⁹.

Quizás la crítica más conocida que se haya hecho al funcionalismo estructural sea que no puede ser utilizado para analizar de forma satisfactoria la cuestión del conflicto (Abrahamson, 1978; P. Cohen, 1968; Gouldner, 1970; Horowitz, 1962/1967; Mills, 1959; Turner y Maryanski, 1979)¹⁰. Esta crítica adopta varias formas. Alvin Gouldner señala que Parsons, principal representante del funcionalismo estructural, tendió a dar demasiada importancia a las relaciones armoniosas. Irving Louis Horowitz mantiene que el funcionalismo estructural considera que el conflicto es invariablemente destructivo y que ocurre fuera del marco de la sociedad. Y en términos más generales, Abrahamson señala que el funcionalismo estructural exagera el consenso societal, la estabilidad y la integración, y no atiende al conflicto, el desorden y el cambio. La cuestión es, de nuevo, si el problema está en la teoría o en el modo en que los teóricos la han interpretado y utilizado (P. Cohen, 1968; Turner y Maryanski, 1979). Sea como fuere, es evidente que el funcionalismo estructural tiene poco que ofrecer para entender el análisis del cambio social.

⁹ Sin embargo, algunos funcionalistas estructurales (C. Johnson, 1966; Smelser, 1959, 1962) han realizado trabajos relevantes sobre el cambio social.

¹⁰ De nuevo, hay importantes excepciones: véase Coser (1956, 1967), Goode (1960) y Merton (1975).

La crítica general de que el funcionalismo estructural es incapaz de tratar la historia, el cambio y el conflicto ha llevado a muchos (por ejemplo P. Cohen, 1968; Gouldner, 1970) a afirmar que el funcionalismo estructural tiene un sesgo conservador. Como Gouldner señaló vívidamente en su crítica al funcionalismo estructural de Parsons: «Parsons siempre vió un vaso parcialmente relleno de agua como un vaso medio *lleno* más que como un vaso medio *vacío*» (1970: 290). Aquél que ve un vaso medio lleno acentúa los aspectos positivos de una situación, mientras que el que lo ve medio vacío está considerando los aspectos negativos. Para decirlo en términos sociales, un funcionalista estructural conservador acentuaría las ventajas económicas de vivir en nuestra sociedad antes que sus inconvenientes.

En efecto, probablemente existe un sesgo conservador en el funcionalismo estructural que puede deberse no sólo a su ignorancia de ciertas cuestiones (el cambio, la historia, el conflicto), sino también a su elección de los temas de investigación. Por un lado, los funcionalistas estructurales han tendido a centrarse en la cultura, las normas y los valores (P. Cohen, 1968; Mills, 1959; Lockwood, 1956). David Lockwood (1956), por ejemplo, critica a Parsons por su gran preocupación por el orden normativo de la sociedad. En términos más generales, Percy Cohen (1968) afirma que los funcionalistas estructurales se centran en los elementos normativos, pero que esta preocupación no es inherente a la teoría. La concepción pasiva del actor individual es de crucial importancia en la aproximación del funcionalismo estructural a los factores sociales y culturales, y contribuye a la explicación de la orientación conservadora de la teoría. Las personas son tratadas como seres constreñidos por fuerzas sociales y culturales. Los funcionalistas estructurales (por ejemplo, Parsons) carecen de una concepción dinámica y creativa del actor. Como Gouldner señaló en su crítica al funcionalismo estructural: «Los seres humanos utilizan los sistemas sociales del mismo modo que éstos los utilizan a ellos» (1970: 220).

La tendencia de los funcionalistas estructurales a confundir las legitimaciones empleadas por las élites de la sociedad con la realidad social está muy relacionada con su enfoque cultural (Gouldner, 1970; Horowitz, 1962/1967; Mills, 1959). El sistema normativo se interpreta como un reflejo de la sociedad en su conjunto cuando, de hecho, es más bien un sistema ideológico promulgado por los miembros de la élite de la sociedad, cuya existencia les favorece. Horowitz expresa esta idea bastante explícitamente: «La teoría del consenso... tiende a convertirse en una representación metafísica de la matriz ideológica dominante» (1962/1967: 270).

Estas críticas sustantivas se orientan en dos direcciones básicas. Primera, parece evidente que el funcionalismo estructural presenta una estrechez de miras que le impide ocuparse de una serie de cuestiones y aspectos importantes del mundo social. Segunda, su enfoque suele tener un sesgo conservador; hasta cierto punto, tal y como ha sido y sigue siendo utilizado, el funcionalismo estructural ha operado y opera a favor del *estatus quo* y de las élites dominantes (Huaco, 1986).

Críticas lógicas y metodológicas. Una de las críticas que se han formulado con mayor frecuencia (véase, por ejemplo, Abrahamson, 1978; Mills, 1979) es que el funcionalismo estructural es básicamente vago, ambiguo y poco claro. Por ejemplo: ¿qué es exactamente una estructura? ¿Y una función? ¿Y un sistema social? ¿Qué relación hay entre las partes de un sistema social? ¿Y entre ellas y el conjunto del sistema social? Parte de la ambigüedad se debe al nivel de análisis que eligen los funcionalistas estructurales para trabajar. Analizan sistemas sociales abstractos en lugar de sociedades reales. En gran parte de la obra de Parsons no hay ningún análisis de una sociedad «real». El análisis de los prerequisites funcionales que llevaron a cabo Aberle y sus colegas (1950/1967) tampoco está vinculado a ninguna sociedad real, sino que se desarrolla en un nivel alto de abstracción.

Otra crítica relacionada con la anterior es que, si bien nunca ha existido un gran esquema con el que poder analizar todas las sociedades que ha habido a lo largo de la historia (Mills, 1959), los funcionalistas estructurales han creído que sí hay una teoría o al menos un conjunto de categorías conceptuales que sirven para ese fin. La convicción de que existe esta gran teoría subyace a una buena parte de la obra de Parsons, a los prerequisites funcionales de Aberle y sus colegas (1950/1967), y a la teoría de Davis-Moore de la estratificación (1945). Muchos críticos consideran esa gran teoría pura ilusión y aducen que lo máximo a lo que puede aspirar la sociología es a producir teorías históricamente específicas, teorías de «alcance medio» (Merton, 1968).

Entre otras críticas específicamente metodológicas se incluye también la cuestión de si existen métodos adecuados para el estudio de los temas que preocupan a los funcionalistas estructurales. Percy Cohen (1968), por ejemplo, se pregunta qué herramientas pueden utilizarse para estudiar la contribución de una parte de un sistema al sistema en su conjunto. Otra crítica metodológica es que el funcionalismo estructural dificulta el análisis comparado. Si se presupone que una parte del sistema tiene sentido sólo en el contexto del sistema social en el que existe ¿cómo es posible compararla con otra parte similar de otro sistema? Cohen plantea, por ejemplo, esta pregunta: si la familia inglesa sólo tiene sentido en el contexto de la sociedad inglesa, ¿cómo es posible su comparación con la familia francesa?

Teleología y tautología. Percy Cohen (1968) y Turner y Maryanski (1979) consideran que la teleología y la tautología constituyen los dos problemas lógicos más relevantes del funcionalismo estructural. Algunos tienden a considerar la teleología del funcionalismo como un problema intrínseco (Abrahamson, 1978; P. Cohen, 1968), pero el autor de este libro cree que Turner y Maryanski (1979) están en lo correcto cuando afirman que el problema del funcionalismo estructural no reside en la teleología *per se*, sino en el carácter *ilegítimo* de su teleología. En este contexto, la *teleología* se define como la creencia de que la sociedad (u otras estructuras sociales) tiene propósitos o metas. Para alcanzar esas metas la sociedad crea o provoca la creación de estructuras sociales e instituciones

sociales específicas. Turner y Maryanski no creen que esta idea sea necesariamente ilegítima; de hecho, afirman que la teoría social *debe* tomar en consideración la relación teleológica entre la sociedad y sus partes componentes.

Para Turner y Maryanski el problema reside en la extensión excesiva de la teleología. Una teleología ilegítima es aquella que implica «que las intenciones y los propósitos guían los asuntos humanos en casos en los que no sucede así» (Turner y Maryanski, 1979: 118). Por ejemplo, es ilegítimo presuponer que, puesto que la sociedad requiere la procreación y la socialización, crea la institución familiar. Una variedad de estructuras alternativas pueden satisfacer estas necesidades; la sociedad no «necesita» crear la familia. El funcionalista estructural define y describe los diversos modos en que las metas conducen, de hecho, hacia la creación de subestructuras específicas. Sería útil también poder mostrar por qué otras subestructuras no satisfacen las mismas necesidades. Una teleología legítima es capaz de definir y demostrar empírica y teóricamente *los* vínculos entre las metas de la sociedad y las diversas subestructuras que existen en ella. Turner y Maryanski admiten que el funcionalismo presenta teleologías ilegítimas: «Podemos concluir que las explicaciones funcionalistas suelen convertirse en teleologías ilegítimas -un hecho que presenta graves impedimentos a la utilización del funcionalismo para comprender las pautas de la organización humana» (1979: 124).

La otra gran crítica a la lógica del funcionalismo estructural es que es tautológico. Un argumento tautológico es aquél en el que la conclusión simplemente explicita lo que está implícito en la premisa, o constituye una mera reafirmación de la premisa. En el funcionalismo estructural, este razonamiento circular suele adoptar la siguiente forma: se define el todo en términos de las partes, y entonces se definen las partes en términos del todo. Así, puede afirmarse que un sistema social se define por la relación entre sus partes componentes, y que las partes componentes del sistema se definen por el lugar que ocupan en el conjunto del sistema social. Como cada uno de estos elementos se define en términos del otro, lo que ocurre en realidad es que ni el sistema social ni sus partes constituyentes quedan definidas. En verdad no aprendemos nada ni del sistema ni de sus partes. El funcionalismo estructural ha sido particularmente propenso a las tautologías, pero aún queda por resolver la cuestión de si esta propensión es intrínseca a la teoría o simplemente una característica del modo en que los funcionalistas estructurales utilizan, o mal utilizan, la teoría.

LA ALTERNATIVA DE LA TEORÍA DEL CONFLICTO

Una de las premisas de este capítulo es que la teoría del conflicto puede ser considerada como un desarrollo que se produjo, al menos en parte, como reacción al funcionalismo estructural y como resultado de muchas de las críticas que acabamos de exponer. Sin embargo, es preciso señalar que la teoría del conflicto tiene otras raíces, como la teoría marxista y el trabajo de Simmel acerca del

conflicto social. Durante las décadas de los años cincuenta y sesenta la teoría del conflicto proporcionó una alternativa al funcionalismo estructural, pero ha sido superada recientemente por diversas teorías neomarxistas (véase el Capítulo 4). En efecto, una de las principales aportaciones de la teoría del conflicto fue que sentó las bases para el desarrollo de teorías más fieles a la obra de Marx, teorías que llegaron a atraer una gran audiencia sociológica. El problema más importante de la teoría del conflicto es que nunca logró divorciarse plenamente de sus raíces estructurales-funcionales. Se desarrolló como una reacción al funcionalismo estructural más que como una teoría verdaderamente crítica de la sociedad.

La obra de Ralf Dahrendorf

Al igual que los funcionalistas, los teóricos del conflicto se orientan hacia el estudio de las estructuras y las instituciones sociales. En lo fundamental, esta teoría es poco más que una serie de afirmaciones que se oponen radicalmente a las de los funcionalistas. El mejor ejemplo lo constituye la obra de Ralf Dahrendorf (1958, 1959); en ella se contraponen los principios de la teoría del conflicto con los de la escuela funcionalista. Para los funcionalistas la sociedad es estática o, en el mejor de los casos, se encuentra en equilibrio móvil. Para Dahrendorf y los teóricos del conflicto cualquier sociedad está sujeta a procesos de cambio en todo momento. Allí donde los funcionalistas subrayan el orden de la sociedad, los teóricos del conflicto ven la presencia del conflicto en cualquier parte del sistema social. Los funcionalistas (o al menos los primeros funcionalistas) afirman que todo elemento de la sociedad contribuye a su estabilidad; los exponentes de la teoría del conflicto identifican muchos elementos sociales que contribuyen a la desintegración y al cambio.

Los funcionalistas tienden a creer que la sociedad se mantiene unida informalmente mediante normas, valores y una moralidad común. Los teóricos del conflicto creen que todo orden en la sociedad nace de la coerción ejercida por quienes ocupan las posiciones más altas. Mientras los funcionalistas se centran en la cohesión creada por los valores sociales comunes, los teóricos del conflicto acentúan el papel que desempeña el poder en el mantenimiento del orden de la sociedad.

Dahrendorf (1959, 1968) es el principal exponente de la postura de que la sociedad tiene dos caras (el conflicto y el consenso) y que, por lo tanto, la teoría sociológica debe dividirse en dos vertientes, la teoría del conflicto y la teoría del consenso. La tarea de los teóricos del consenso es examinar la integración de los valores en la sociedad, y la de los teóricos del conflicto es estudiar los conflictos de intereses y la coerción que mantiene la unión de la sociedad frente a estas tensiones. Dahrendorf admitió que la sociedad no podía existir sin conflicto y consenso, que son prerequisites uno para el otro. En consecuencia, no puede darse el conflicto si no existe un consenso previo. Por ejemplo, es muy poco probable que las amas de casa francesas entren en conflicto con los ajedrecistas chilenos debido a que no hay contacto alguno entre ambos grupos y no se ha producido una integración previa que sirva de base para el conflicto. A la inversa,

el conflicto puede conducir al consenso y a la integración. Un ejemplo ilustrativo es la alianza entre los Estados Unidos y Japón que se produjo tras la Segunda Guerra Mundial.

A pesar de la interrelación entre los procesos de consenso y de conflicto, Dahrendorf no creía en la posibilidad de una teoría sociológica que abarcara ambos procesos: «Al menos puede concebirse que no es factible la unificación de ambas teorías: desde los inicios de la filosofía occidental los pensadores han estado siempre divididos» (1959: 164). Descartando la posibilidad de una única teoría, Dahrendorf se propuso construir una teoría del conflicto de la sociedad¹¹.

Dahrendorf se inició en el funcionalismo estructural y estuvo poderosamente influido por esta teoría. Pronto se percató de que para el funcionalista el sistema social se mantenía unido mediante la cooperación voluntaria o el consenso general, o mediante ambas cosas. Sin embargo, para el teórico del conflicto (o de la coerción), la sociedad se mantiene unida mediante una «constricción forzada». Esto significa que ciertas posiciones de la sociedad tienen poder y autoridad sobre otras. Este hecho de la vida social condujo a Dahrendorf al desarrollo de su tesis central de que la distribución diferencial de autoridad «se convierte invariablemente en el factor determinante de los conflictos sociales sistemáticos» (1959: 165).

Autoridad. Dahrendorf se centró en las grandes estructuras sociales¹². De crucial importancia para su tesis es la idea de que las diversas posiciones que existen en la sociedad tienen diferentes grados de autoridad. La autoridad no reside en los individuos, sino en las posiciones que ocupan. A Dahrendorf le interesaba no sólo la estructura de estas posiciones, sino también el conflicto entre ellas: «El origen estructural de estos conflictos debe buscarse en la asignación de roles sociales dotados de expectativas de dominación o sujeción» (1959: 165; cursivas añadidas). Para Dahrendorf la primera tarea en el análisis del conflicto era identificar los diversos roles de autoridad en el seno de la sociedad. Además de defender el estudio de grandes estructuras tales como los roles de autoridad, Dahrendorf se oponía a los que subrayaban el nivel individual. Por ejemplo, criticaba a los que se centraban en las características conductuales o psicológicas de los individuos que ocupaban aquellas posiciones. Su crítica fue tan dura que llegó a afirmar que los que adoptaban ese enfoque no eran sociólogos.

La autoridad vinculada a las posiciones constituye el elemento central del análisis de Dahrendorf. La autoridad siempre entraña dominación y subordinación.

¹¹ Dahrendorf denominó al conflicto y la coerción la «cara desagradable de la sociedad» (1959: 164). Podemos preguntarnos si una persona que los considera «desagradables» puede desarrollar una teoría adecuada del conflicto y la coerción.

¹² En otros trabajos, Dahrendorf (1968) siguió centrándose en los hechos sociales (por ejemplo, en las posiciones y los roles), pero también manifestó una preocupación por los riesgos de la reificación endémica que es característica de este enfoque.

De los que ocupan posiciones de autoridad se espera un control sobre los subordinados; es decir, dominan en virtud de que eso es lo que esperan de ellos los que les rodean, no debido a sus propias características psicológicas. Estas expectativas, como la autoridad, están ligadas a las posiciones, no a las personas. La autoridad no es un fenómeno social generalizado; se puede identificar en la sociedad a los que están sometidos a control, así como a las esferas de control permisibles. Finalmente, como la autoridad es legítima, pueden imponerse sanciones a quienes se rebelan contra ella.

Para Dahrendorf la autoridad no es una constante. Y ello se debe al hecho de que la autoridad reside en las posiciones y no en las personas. Así, una persona que ocupa una posición de autoridad en un lugar no necesariamente ha de ocupar una posición de autoridad en otro lugar. De modo similar, una persona en una posición subordinada en un grupo puede ocupar una posición de mando en otro. Esta idea se deriva del argumento de Dahrendorf de que la sociedad se compone de varias unidades que él denomina *asociaciones imperativamente coordinadas*. Se trata de asociaciones de personas controladas por una jerarquía de posiciones de autoridad. Como en la sociedad hay muchas asociaciones de este tipo, un individuo puede ocupar simultáneamente una posición de autoridad en una y una posición subordinada en otra.

La autoridad dentro de cada asociación es dicotómica; de manera que pueden formarse dos, y sólo dos, grupos de conflicto dentro de cualquier asociación. Los que desempeñan posiciones de autoridad y los que ocupan posiciones subordinadas defienden intereses que son «contradictorios en esencia y dirección». He ahí otro término clave de la teoría del conflicto de Dahrendorf: los *intereses*. Los grupos que están arriba y los que están abajo se definen por sus intereses comunes. Dahrendorf siempre creyó que incluso estos intereses, que aparentemente son psicológicos, son fenómenos básicamente sociales:

Para el análisis sociológico de las clases sociales y del conflicto social es preciso admitir determinadas orientaciones, *estructuralmente establecidas* en la conducta de los titulares de ciertas *posiciones*. Por analogía con las direcciones conscientes (subjetivas) de la conducta, parece adecuado emplear para estas orientaciones el término interés... El supuesto de que existen intereses «objetivos» asociados a las posiciones sociales carece de *implicaciones* o ramificaciones *psicológicas*; pertenece propiamente al nivel del análisis sociológico.

(Dahrendorf, 1959: 175; cursivas añadidas)

Dentro de cada asociación, los que ostentan posiciones dominantes se afanan por mantener el *estatus quo*, mientras los que se encuentran en posiciones subordinadas persiguen el cambio. El conflicto de intereses dentro de cualquier asociación está latente en todo momento, lo que significa que la legitimidad de la autoridad es *siempre* precaria. Este conflicto de intereses no necesita ser consciente para que se dé la acción de los dominadores o de los subordinados. Los intereses de dominadores y subordinados son objetivos en el sentido de que

se reflejan en las expectativas (roles) ligadas a las posiciones. Los individuos no necesitan internalizar estas expectativas ni tener conciencia de ellas para actuar de manera coherente. Si ocupan posiciones dadas, entonces se comportan de la manera esperada. Los individuos se «ajustan» o «adaptan» a sus roles cuando contribuyen al conflicto entre dominadores y subordinados. Dahrendorf denominó estas expectativas inconscientes de rol *intereses latentes*. Los *intereses manifiestos* son intereses latentes que se convierten en conscientes. Dahrendorf creía que la principal tarea de la teoría del conflicto era el análisis de la relación entre intereses latentes y manifiestos. No obstante, los actores no necesitaban ser conscientes de sus intereses para actuar de acuerdo con ellos.

Dahrendorf procedió después a distinguir tres tipos generales de grupos. El primero es el *cuasi-grupo*, o «agregados de titulares de posiciones que tienen los mismos intereses de rol» (Dahrendorf, 1959: 180). Estos constituyen campos de reclutamiento para el segundo tipo de grupo: el *grupo de interés*. Dahrendorf describe ambos grupos:

Una manera común de comportarse sólo caracteriza a los grupos *organizados de interés*, reclutados de los cuasi grupos. Grupos de interés son grupos en el sentido más riguroso del concepto sociológico; y son los verdaderos agentes del conflicto de grupo. Tienen una estructura, una forma dada de organización, un programa u objetivo y un «personal» integrado por sus componentes.

(Dahrendorf, 1959: 180)

De entre los muchos grupos de interés, se puede distinguir a los *grupos de conflicto*, aquellos que se ven involucrados en un conflicto grupal.

Dahrendorf creía que los conceptos de intereses latentes y manifiestos, de cuasi-grupos, grupos de interés y grupos de conflicto, eran fundamentales para explicar el conflicto social. En condiciones *ideales* no se requiere ninguna otra variable. Pero como las condiciones nunca son ideales, suelen intervenir otros muchos factores en el proceso. Dahrendorf mencionó condiciones técnicas, como un personal adecuado, condiciones políticas, como el clima político general, y condiciones sociales, como la existencia de vínculos de comunicación. El modo en que las personas eran reclutadas de los cuasi-grupos constituía para Dahrendorf otra condición social importante. Pensaba que si el reclutamiento era aleatorio y estaba determinado por el azar sería poco probable que emergiera un grupo de interés o un grupo de conflicto. A diferencia de Marx, Dahrendorf no creía que el *lumpenproletariat*¹³ llegara a constituir un grupo de conflicto porque las personas llegaban a formar parte de él por azar. Sin embargo, cuando la selección de los miembros de los cuasi-grupos está estructuralmente determinada, estos grupos proporcionan campos de reclutamiento fértiles para los grupos de interés y, en algunos casos, para los grupos de conflicto.

¹³ Así es como Marx llamaba a la masa de personas que se encontraba en la parte inferior del sistema económico, que incluso estaba por debajo del proletariado.

El último aspecto de la teoría del conflicto de Dahrendorf es la relación entre el conflicto y el cambio. Dahrendorf reconoce la importancia del trabajo de Lewis Coser (véase más abajo), quien se centró en las funciones del conflicto para el mantenimiento del *estatus quo*. Dahrendorf creía, sin embargo, que esta función del conflicto es sólo una parte de la realidad social; el conflicto también conduce al cambio y al progreso.

En suma, Dahrendorf afirmaba que, una vez constituidos, los grupos de conflicto se involucran en acciones que provocan cambios en la estructura social. Cuando el conflicto es agudo, los cambios que se producen son radicales. Cuando va acompañado de violencia, el cambio estructural es súbito. Cualquiera que sea la naturaleza del conflicto, los sociólogos deben tener en cuenta la relación entre el conflicto y el cambio, así como la relación entre el conflicto y el *estatus quo*.

Principales críticas

La teoría del conflicto ha sido criticada por muchas razones. Por ejemplo, ha sido atacada por ignorar el orden y la estabilidad, mientras el funcionalismo estructural lo ha sido por ignorar el conflicto y el cambio. También ha sido criticada por ser ideológicamente radical, mientras el funcionalismo estructural ha sido objeto de críticas por su ideología conservadora. La teoría del conflicto no es tan sofisticada como el funcionalismo, tal vez debido a que es más bien una teoría derivada.

La teoría del conflicto de Dahrendorf ha sido sometida a varios análisis críticos (por ejemplo, Hazelrigg, 1972; J. Turner, 1973; Weingart, 1969), entre los que se incluyen ciertas reflexiones críticas del propio Dahrendorf (1968). Primero, no está claro que el modelo de Dahrendorf sea, como el propio Dahrendorf proclamó, una reflexión sobre las ideas de Marx. De hecho, constituye una traducción inadecuada de la teoría marxista a la sociología (véase más abajo). Segundo, como ya hemos señalado, la teoría del conflicto tiene más elementos en común con el funcionalismo estructural que con la teoría marxista. El énfasis de Dahrendorf en cuestiones tales como los sistemas (*asociaciones imperativamente coordinadas*), las posiciones y los roles le vincula directamente con el funcionalismo estructural. Por ende, su teoría presenta las mismas deficiencias que el funcionalismo estructural. Por ejemplo, el conflicto parece surgir misteriosamente de sistemas legítimos (como en el funcionalismo estructural). Además, la teoría del conflicto presenta muchos de los problemas conceptuales y lógicos (por ejemplo, los conceptos vagos, las tautologías) que plantea el funcionalismo estructural. Finalmente, al igual que el funcionalismo estructural, se trata de una teoría cuasi macroscópica, y por ello tiene poco que ofrecer a la comprensión del pensamiento y la acción individual.

Tanto el funcionalismo como la teoría del conflicto de Dahrendorf son inadecuadas, porque cada una de ellas es exclusivamente útil para la explicación de una sola *parte* de la vida social. La sociología debe ser capaz de explicar tanto el

orden como el conflicto, tanto la estructura como el cambio. Este hecho ha motivado varios esfuerzos por reconciliar ambas teorías. Aunque ninguno es plenamente satisfactorio, estos esfuerzos sugieren que existe al menos cierto acuerdo entre los sociólogos acerca de la necesidad de una teoría que explique tanto el consenso como la disensión. Pero no todos los teóricos buscan el modo de reconciliar estas perspectivas opuestas. Dahrendorf, por ejemplo, las consideraba perspectivas alternativas para utilizarlas dependiendo del objeto de estudio. De acuerdo con Dahrendorf, si nos interesamos por el conflicto debemos usar la teoría del conflicto y si nuestro deseo es examinar el orden, debemos adoptar una perspectiva funcional. Esta postura parece insatisfactoria, porque existe una necesidad acuciante de disponer de una perspectiva teórica que nos permita analizar *simultáneamente* el conflicto y el orden.

Jonathan Turner (1975, 1982) se propuso reformular la teoría del conflicto. Turner identificó tres problemas principales en las teorías del conflicto similares a la de Dahrendorf. Primero, carecen de una clara definición del conflicto que delimite lo que en verdad es conflicto y lo que no lo es. Segundo, la teoría del conflicto presenta un alto grado de vaguedad porque no se especifica en ella el nivel de análisis en el que opera: «De un modo típico, no se especifica con precisión qué unidades están en conflicto: si los individuos, los grupos, las organizaciones, las clases, las naciones, las comunidades, etc...» (J. Turner, 1982: 178). Tercero, en la teoría del conflicto aparece implícitamente el funcionalismo estructural, lo que la aleja de sus raíces marxistas.

Turner se centró en el «conflicto como un proceso de eventos que conduce a una interacción abierta de diversos grados de violencia entre, al menos, dos partes» (1982: 183). Desarrolló un proceso en nueve fases que conducían al conflicto abierto. Aunque a primera vista parece un modelo causal unilineal, Turner tuvo la precaución de especificar varios procesos de retroacción, o relaciones dialécticas, entre las fases. El proceso en nueve fases es como sigue:

1. El sistema social se compone de varias unidades interdependientes.
2. Existe una distribución desigual de los recursos escasos que son apreciados por estas unidades.
3. Las unidades que no reciben su parte proporcional de los recursos comienzan a cuestionarse la legitimidad del sistema. (Turner señaló que esta situación suele darse cuando las personas sienten que sus aspiraciones de ascender están bloqueadas, cuando existen canales insuficientes para remediar los agravios, y cuando las personas son privadas de recompensas en varios sectores).
4. Las personas no privilegiadas comienzan a percatarse de que les interesa alterar el sistema de distribución de recursos.
5. Los perjudicados comienzan a sublevarse emocionalmente.
6. Aparecen brotes periódicos de frustración, aunque suelen estar desorganizados.
7. Los implicados en el conflicto perciben su creciente intensidad y se sienten cada vez más implicados emocionalmente en él.

8. Se realizan cada vez mayores esfuerzos por organizar a los grupos no privilegiados implicados en el conflicto.
9. Finalmente estalla un conflicto abierto con diversos grados de violencia entre los privilegiados y los no privilegiados. El grado de violencia depende de cosas tales como la capacidad de las partes en conflicto para definir sus intereses reales y el grado en que el sistema dispone de mecanismos para manejar, regular y controlar el conflicto.

Turner hizo una valiosa aportación a la teoría del conflicto, especialmente al delinear algunas de las relaciones conflictivas entre los actores y las estructuras sociales. Sin embargo, el trabajo de Turner como el de muchos otros teóricos del conflicto, sigue engastado en la tradición estructural-funcional. A resultas de lo cual, Turner no reflejó la gran cantidad de ideas valiosas acerca de la naturaleza del conflicto social que se pueden encontrar en las diversas ramas de la teoría neomarxista.

Esfuerzos para reconciliar el funcionalismo estructural y la teoría del conflicto

Pierre van den Berghe (1963) realizó el esfuerzo más importante para reconciliar el funcionalismo estructural con la teoría del conflicto. Señaló una serie de puntos comunes a ambas teorías. Primero, ambas perspectivas son holistas; es decir, ven la sociedad como un conjunto de partes interrelacionadas y se ocupan de la interrelación entre las partes. Segundo, los teóricos se centran en las variables que son pertinentes para la teoría que defienden e ignoran las de la perspectiva opuesta. Deberían reconocer, sin embargo, que el conflicto puede contribuir a la integración y, a la inversa, que la integración puede causar conflicto. Tercero, van den Berghe señaló que las dos teorías compartían una idea evolucionista del cambio social: la idea de que la sociedad se mueve hacia adelante y hacia mejor. El teórico del conflicto suele considerar que la sociedad avanza irrevocablemente hacia una sociedad utópica. El funcionalista, como Parsons, considera que marcha hacia una mayor diferenciación que le permite controlar mejor su entorno. Finalmente, van den Berghe consideraba ambas perspectivas como teorías del equilibrio. La teoría funcional acentúa el equilibrio societal. En la teoría del conflicto, los procesos relacionales conducen inevitablemente a un nuevo estado de equilibrio en un tiempo futuro. La obra de van den Berghe identifica puntos comunes a las dos teorías, pero no las reconcilia; quedan aún numerosas y notables diferencias.

La obra de Lewis Coser (1956) y Joseph Himes (1966) se centra en las funciones del conflicto social. Estos análisis básicamente funcionales del conflicto se orientan hacia la integración de la teoría del conflicto y de la teoría estructural-funcional. Si bien ambos autores se ocupan del efecto equilibrador del conflicto, lo que se requiere es una obra paralela que analice los efectos desequilibradores del orden. Ciertos tipos de orden, o un exceso del mismo,

pueden provocar desequilibrio en el sistema social; por ejemplo, los gobernantes totalitarios, a pesar de su hincapié en el orden, pueden destruir la estabilidad de la sociedad. Sin embargo, como apenas se han realizado estudios acerca del modo en que el orden produce cambio, nos centraremos ahora en las funciones del conflicto social.

Fue Georg Simmel el primer autor que realizó un trabajo influyente acerca de las funciones del conflicto social, trabajo que fue ampliado por Coser, quien afirmaba que el conflicto podía servir para solidificar un grupo débilmente estructurado. En una sociedad que parece estar desintegrándose, el conflicto con otra sociedad puede restaurar la integración. La cohesión de los judíos israelíes puede atribuirse, al menos en parte, al sempiterno conflicto con las naciones árabes de Oriente Medio. El conflicto podría acabarse si se exacerbaban las tensiones dentro de la sociedad israelí. El conflicto como agente de cohesión de una sociedad es una idea que siempre han adoptado los propagandistas, quienes pueden inventarse enemigos o provocar enemistades contra un oponente inactivo.

El conflicto con un grupo puede crear cohesión al provocar una serie de alianzas con otros grupos. Por ejemplo, el conflicto con los árabes ha provocado una alianza entre los Estados Unidos e Israel. La disminución de la intensidad del conflicto árabe-israelí podría provocar el debilitamiento de los vínculos entre Israel y los Estados Unidos.

Dentro de una determinada sociedad el conflicto puede hacer que individuos por lo común aislados adopten un papel activo. Las protestas en contra de la guerra de Vietnam llevaron por primera vez a muchos jóvenes a adoptar un papel activo en la vida política estadounidense. Cuando terminó el conflicto, resurgió un temperamento más apático entre la juventud estadounidense.

El conflicto también cumple una función de comunicación. Antes de que se produzca el conflicto, los grupos pueden no identificar con seguridad la posición de su enemigo, pero a resultas del conflicto, quedan determinadas con precisión las posiciones y las fronteras entre los grupos. Por ende, los individuos son más capaces de decidir la línea de acción más apropiada ante sus adversarios. El conflicto también permite a las partes tener una idea más exacta de su fuerza relativa e incrementa la posibilidad de un acercamiento o una acomodación pacífica.

Desde una perspectiva teórica es posible reconciliar las teorías del conflicto y funcional atendiendo a las funciones del conflicto social. Pero debe admitirse que el conflicto también tiene disfunciones.

Himes (1966), al igual que Coser, se interesó por las funciones del conflicto, pero se centró específicamente en las funciones del conflicto racial. Himes analizó lo que consideraba la acción grupal *racional* de los negros estadounidenses. Le preocupaba la conducta colectiva deliberada que estaba dirigida a alcanzar metas sociales predeterminadas. Esta conducta implica un ataque consciente contra los abusos sociales manifiestos. Algunos ejemplos son las enmiendas legales (para

lograr el derecho al voto, oportunidades educativas y servicios públicos), la acción política (como el voto y la presión), y la acción de masas no violenta. El tipo de conflicto que interesaba a Himes era un proceso pacífico que se producía dentro del sistema; su análisis excluye actos violentos tales como motines y linchamientos.

Aunque Himes ignoró el conflicto colectivo violento, es factible también el análisis funcional de esta forma de conflicto. Los disturbios de finales de los años sesenta cumplieron claramente una función para los estadounidenses negros. Si bien es cierto que tuvieron disfunciones (para los blancos) demostraron fundamentalmente el poder de los negros y la debilidad de la estructura de poder de los blancos.

Himes creía que el conflicto racial cumplía funciones estructurales, funciones relativas a la comunicación, a la solidaridad y a la identidad. *Estructuralmente*, el conflicto puede alterar el saldo de poder entre los negros y la mayoría dominante de blancos, incrementar el poder de los negros de manera que los blancos se vean en la obligación de reunirse con ellos para discutir cuestiones importantes para ambos. El conflicto racial puede cumplir funciones relativas a la *comunicación*, tales como hacer que se preste más atención a las cuestiones raciales, aumentar la cobertura de cuestiones raciales en los medios de comunicación de masas, permitir que las personas carentes de información reciban noticias, y cambiar el contenido de la comunicación interracial. El conflicto racial puede también destruir definitivamente la vieja «etiqueta de relaciones raciales», al provocar un diálogo más abierto sobre cuestiones importantes. El conflicto racial puede incrementar la *solidaridad*, porque puede contribuir a la unificación de los negros y al establecimiento de relaciones interraciales. Incluso aunque esta relación se base sólo en el conflicto, en última instancia puede sentar las bases para el establecimiento de una relación más pacífica y duradera. Entre las funciones del conflicto racial relativas a la *identidad* destaca la intensificación de la autoconciencia de los negros y la clarificación de las fronteras grupales. Quizás la función de identidad más importante es el sentido que obtienen los participantes negros de su identidad como estadounidenses que luchan por el principio básico de la libertad.

Todas estas teorías del conflicto se esfuerzan por integrar, o al menos relacionar, el funcionalismo estructural y la teoría del conflicto. Prácticamente todos los esfuerzos que se han realizado se sitúan en el nivel societal macro¹⁴.

Hacia una teoría del conflicto más marxista

Antes de pasar al capítulo siguiente, que trata sobre las teorías marxistas, ofreceremos las críticas de André Gunder Frank (1966/1974) a los esfuerzos de

¹⁴ En el Capítulo 12 analizaremos el esfuerzo de Randall Collins (1975, 1990) por relacionar cuestiones macro y micro bajo el encabezamiento «teoría del conflicto».

van den Berghe por reconciliar la teoría del conflicto y el funcionalismo estructural. De crucial importancia es la afirmación de Frank de que la teoría del conflicto es una teoría marxista inadecuada. Así, mientras van den Berghe tal vez logra reconciliar la teoría del conflicto con el funcionalismo estructural, Frank creía harto difícil la reconciliación de ambas teorías en el caso de que se tratara de una teoría del conflicto verdaderamente fiel al marxismo.

Frank refutó punto por punto el argumento de van den Berghe sobre la reconciliación de la teoría del conflicto y la teoría estructural-funcional. El primer punto que señaló Van den Berghe era que ambas teorías adoptaban un enfoque holista del mundo social. Frank reconoció que en este punto había cierta correspondencia. Pero identificó también algunas diferencias cruciales. En primer lugar, Frank señalaba que los verdaderos marxistas tienden, efectivamente, a centrarse en el todo, pero los funcionalistas estructurales, a pesar de adoptar un enfoque aparentemente similar, dedicaban la mayoría del tiempo a las partes de los sistemas sociales. Frank estaba en lo correcto, pero se han desarrollado también algunas teorías neomarxistas que han tendido a centrarse en determinados componentes (por ejemplo, la economía, la cultura) del todo social. La segunda refutación de Frank del primer punto que señala van den Berghe es más significativa. Afirmó que los pensadores marxistas, dado su compromiso con el materialismo, se ocupan de sistemas sociales reales, mientras los funcionalistas estructurales (y algunos teóricos del conflicto) suelen centrarse en todos abstractos. El concepto de Parsons de sistema social es un excelente ejemplo para ilustrar este último punto.

Acerca de la cuestión del holismo, Frank afirmó también que los funcionalistas estructurales y los pensadores verdaderamente marxistas abordaban cuestiones muy diferentes cuando estudiaban las totalidades sociales. En primer lugar, aquéllos suelen dar por sentado el sistema social existente y no cuestionan su legitimidad. Los estudiosos marxistas, sin embargo, ponen en cuestión la sociedad existente (sea capitalista, socialista o comunista) y la someten a intenso escrutinio y crítica. También se orientan hacia el desarrollo de la sociedad futura, pero no deifican la contemporánea. Además, hay una diferencia notable entre los dos enfoques. Los verdaderos marxistas se centran en la totalidad social y consideran que su conocimiento resulta valioso para la comprensión de las diversas partes que la forman. Sin embargo, incluso cuando el funcionalismo estructural se centra en el todo social, su meta última es comprender las partes, en especial las instituciones sociales específicas.

Finalmente, como los funcionalistas estructurales operan sobre sistemas abstractos, pueden centrarse en la totalidad que desean. Pero en la medida en que los pensadores marxistas están comprometidos con el naturalismo, la totalidad que estudian está constreñida por el mundo social real. El mundo, y no un sistema teórico abstracto, determina su objeto de estudio. Por lo demás, el dialéctico se orienta hacia el cambio del mundo social y no meramente hacia su estudio, como es el caso de los funcionalistas estructurales.

El segundo punto que señaló van den Berghe era que cada escuela ignora las variables que preocupan a la otra. Así, van den Berghe aconsejaba a los funcionalistas estructurales que consideraran las ideas del conflicto que ofrecían los teóricos del conflicto y, a la inversa, que los teóricos del conflicto tuvieran en consideración las nociones sobre el consenso de los funcionalistas estructurales. Frank hizo varias críticas a esta postura. En primer lugar, afirmaba que van den Berghe infravaloraba ambas perspectivas, porque tanto la teoría marxista como el funcionalismo estructural se han ocupado *del* consenso y del conflicto. En segundo lugar, Frank sostenía que cuando los funcionalistas estructurales intentaban incorporar las ideas marxistas a su teoría, las distorsionaban de tal modo que apenas eran reconocibles. En tercero, incluso cuando los funcionalistas estructurales se interesaban por el conflicto, se trataba simplemente de una preocupación limitada. Por ejemplo, podían estar dispuestos a analizar las funciones del conflicto social, pero no a estudiar cuestiones tales como la desintegración y la revolución social.

De acuerdo con Frank, el funcionalismo estructural tiene una capacidad limitada para integrar las cuestiones del conflicto y el consenso. Sin embargo, juzgaba posible lograr esa integración en la teoría marxista. La teoría marxista puede usarse para el estudio de muchos y diferentes tipos y grados de conflicto, incluyendo el conflicto desintegrador. Y lo que es más importante, dado su compromiso con la dialéctica, la teoría marxista es una teoría particularmente adecuada para la integración de la cohesión y el conflicto.

En el tercer punto van den Berghe aducía que las dos teorías compartían un interés por el cambio evolucionista, sin embargo Frank identificó tres diferencias importantes. Primera, los funcionalistas estructurales suelen analizar exclusivamente el cambio dentro del sistema, mientras los dialécticos suelen interesarse más por el cambio de la totalidad del sistema social y de su estructura social. Segunda, las dos escuelas tienen diferentes prioridades a la hora de estudiar el cambio. Para los funcionalistas estructurales la estructura es la fuente del cambio; para los dialécticos, el cambio es la fuente de la estructura. Finalmente, para el funcionalista el cambio es un proceso abstracto, mientras para el marxista se trata de un proceso dialéctico que ocurre en el seno de sociedades reales.

Finalmente, van den Berghe afirmaba que ambos enfoques eran básicamente teorías del equilibrio. Esto es claramente cierto en el caso del funcionalismo estructural, pero no describe adecuadamente la teoría marxista. El argumento de van den Berghe ignora en especial la concepción marxista del desequilibrio, de las negaciones, en el seno de la sociedad. Para el marxista, la sociedad contiene en su seno la semilla de su propia transformación y revolución. Probablemente los marxistas tienen un sentido del equilibrio, pero es más poderosa su imagen del desequilibrio y el cambio.

En suma, Frank afirmaba que van den Berghe no había sido fiel a la teoría marxista al perfilar la teoría del conflicto e intentar reconciliarla con el funcio-

nalismo estructural. Si bien la teoría del conflicto contiene elementos marxistas, no es legítima heredera de la teoría original de Marx. Dedicaremos el siguiente capítulo al estudio de las teorías que sí lo son.

RESUMEN

No hace muchos años el funcionalismo estructural se erigió como la teoría sociológica dominante. La teoría del conflicto fue su principal reto y se convirtió en la alternativa más adecuada para desplazarla de su posición. Sin embargo, recientemente se han producido cambios drásticos. Ambas teorías fueron objeto de una dura crítica mientras se desarrollaban una serie de teorías alternativas (que analizaremos a lo largo de este libro) que han suscitado un mayor interés y han atraído más seguidores. El funcionalismo estructural y la teoría del conflicto aún constituyen teorías relevantes, pero deben ocupar su lugar junto a otras muchas teorías sociológicas importantes. Además, como todas las teorías tradicionales, han sido superadas por nuevos desarrollos teóricos que analizaremos en la tercera parte de este libro.

Aunque existen varias vertientes de funcionalismo estructural, en este capítulo nos hemos ocupado del funcionalismo societal y su enfoque macro, de su preocupación por las relaciones en el nivel societal y por los efectos constrictores de las estructuras e instituciones sociales sobre los actores. El funcionalismo estructural societal tiene sus raíces en la obra de Comte, Spencer y Durkheim y en su interés por el organicismo, las necesidades sociales y, más específicamente, las estructuras y las funciones. Sobre la base de la obra de estos autores, los funcionalistas estructurales desarrollaron una serie de intereses macro por los sistemas sociales, los subsistemas, las relaciones entre los subsistemas y los sistemas, el equilibrio y el cambio ordenado.

Examinamos cuatro trabajos que se encuadran en el funcionalismo estructural (Davis y Moore, Aberle et al, Parsons, y Merton). Davis y Moore, en una de las obras más conocidas y criticadas de la historia de la sociología, examinaron la estratificación social en tanto que sistema social y las diversas funciones positivas que cumplía. En un ensayo más general Aberle y sus colegas plasmaron su interés por las diversas estructuras y funciones que creían que una sociedad debía tener y cumplir para sobrevivir. Entre otras funciones, una sociedad debía contar con una cantidad suficiente de población, medios para tratar con su entorno, métodos para regular la relación entre los sexos, diferenciación de roles y medios adecuados para asignar a las personas los diferentes roles, sistemas de comunicación, orientaciones cognitivas compartidas, metas comunes, métodos de regular los medios para alcanzar esas metas, métodos para regular la afectividad, una socialización adecuada y un control social efectivo.

También analizamos la teoría estructural-funcional de Talcott Parsons y sus ideas sobre los cuatro imperativos funcionales de todo sistema de la acción: adaptación, alcance de metas, integración y latencia (AGIL). Estudiamos su enfoque estructural-funcional sobre los cuatro sistemas de la acción: el sistema

social, el cultural, el de la personalidad y el organismo conductual. Finalmente examinamos su enfoque estructural-funcional sobre el dinamismo y el cambio social: su teoría evolucionista y sus ideas sobre los medios generalizados de intercambio.

El esfuerzo de Merton por desarrollar un «paradigma» para el análisis funcional constituye el trabajo más importante enmarcado en el funcionalismo estructural moderno. Merton comienza por criticar algunas de las posiciones más ingenuas del funcionalismo estructural, para luego desarrollar un modelo más adecuado de análisis estructural-funcional. Merton y sus predecesores coincidían en un punto: en la necesidad de centrarse en los fenómenos sociales macro. Pero además de ocuparse de las funciones positivas, afirmaba Merton, los funcionalistas estructurales debían estudiar las disfunciones e incluso las no funciones. Tras su aportación de estas nuevas nociones, Merton aconsejaba a los analistas que se interesaran por el saldo neto de las funciones y las disfunciones. Además, añadía, cuando llevamos a cabo el análisis estructural-funcional debemos movernos hacia análisis globales y especificar los *niveles* en los que trabajamos. Merton también aportó la idea de que los funcionalistas estructurales debían ocuparse no sólo de las funciones manifiestas (intencionadas) sino también de las latentes (no intencionadas). Este apartado termina con el estudio de la aplicación que hizo Merton de su paradigma funcional a la cuestión de la relación entre estructura social y cultura, y anomía y desviación.

Pasamos después a estudiar las numerosas críticas al funcionalismo estructural que lograron dañar su credibilidad y popularidad. Analizamos las críticas que sostienen que el funcionalismo estructural es ahistórico, que no es válido para el análisis del conflicto y el cambio, que es altamente conservador, que se centra en el constreñimiento societal sobre los actores, que acepta las legitimaciones de la élite, y que es teleológico y tautológico.

La segunda parte de este capítulo la dedicamos a la principal alternativa al funcionalismo estructural que surgió en los años cincuenta y sesenta: la teoría del conflicto. La obra más conocida en esta tradición es la de Ralf Dahrendorf, de quien se ha señalado que lo que en realidad hizo fue invertir el funcionalismo estructural, aunque su intención fuera enmarcar su teoría del conflicto en la tradición marxista. Dahrendorf miraba el cambio en lugar del equilibrio, el conflicto en lugar del orden, y le interesaba cómo contribuyen las partes de la sociedad al cambio en lugar de a la estabilidad; le interesaba más el conflicto y la coerción que el constreñimiento normativo. Dahrendorf ofreció una teoría macro del conflicto que se sitúa en pie de igualdad con la teoría macro del orden de los funcionalistas estructurales. Su enfoque sobre la autoridad, las posiciones, las asociaciones imperativamente coordinadas, los intereses, los cuasi-grupos, los grupos de interés y los grupos de conflicto reflejan esta orientación. La teoría de Dahrendorf plantea los mismos problemas que el funcionalismo estructural. Van den Berghe analizó varios puntos generales que ambas teorías tenían en común, y Coser y Himes analizaron las funciones del conflicto social. Aunque todos estos esfuerzos

ofrecieron nuevas ideas, presentan graves debilidades, especialmente la tendencia a concentrarse casi exclusivamente en los macrofenómenos.

Terminamos el capítulo con la crítica de Frank a los esfuerzos de van den Berghe por integrar la teoría del conflicto y la teoría estructural-funcional. La crítica más importante de Frank es que la teoría del conflicto es una reflexión inadecuada sobre las ideas de la teoría marxista. Con esa crítica en mente, pasamos al Capítulo 4 donde analizaremos varios de los esfuerzos por desarrollar una teoría sociológica marxista más adecuada.